

# 14<sup>vo.</sup> Concurso de Cuentos Radio Santa María



GRUPO LEON JIMENES  
Por una mejor nación.

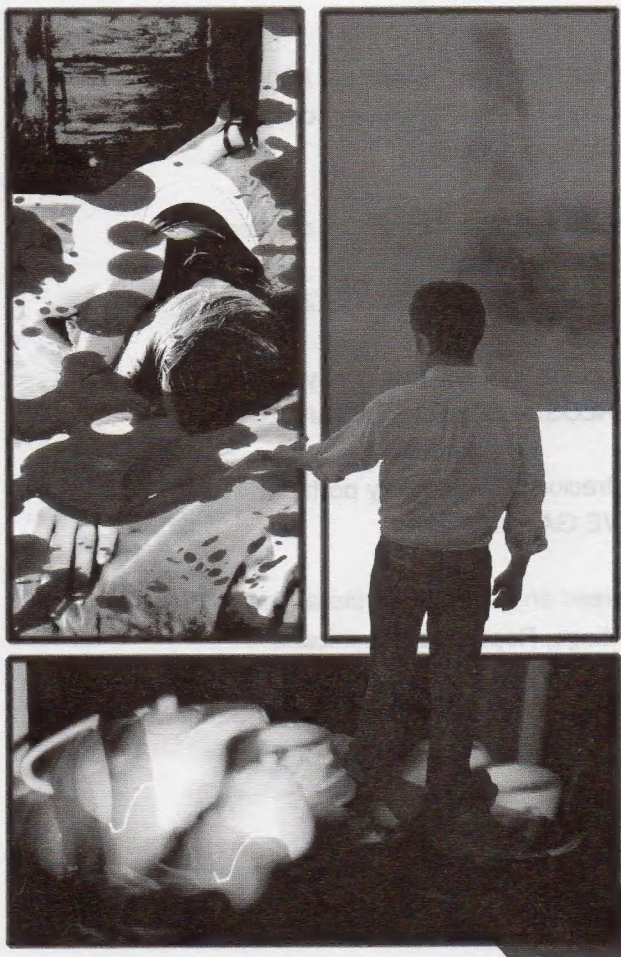






140.  
Concurso  
de Cuentos

# Radio Santa María 2007



GRUPO LEON JIMENES  
Por una mejor nación.

Primera Edición, marzo del 2008  
Antología del 14° Concurso de Cuentos de  
Radio Santa María

Diseño, cuidado de edición; corrección de  
originales y pruebas :  
CARLOS FCO. FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diagramación, composición y diseño portada:  
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA

Ilustraciones interiores y portada:  
LILVE GARCÍA

Impreso en Impresora Editora Teófilo, S. A.  
Santiago, República Dominicana.

Es propiedad reservada de Radio Santa María.

# Indice

Pág.

A manera de introducción: Palabras de agradecimiento de Roque D. Santos a nombre de los ganadores de este concurso. -----	7
Primer Premio: Pecado Mortal de Roque Diómedes Santos -----	13
Segundo Premio: Monólogo del Libro de Isabel Florentino Romero -----	35
Tercer Premio: Poderoso Caballero...Don Dinero de Romito Encarnación Florián -----	41
Cuarto Premio: El Gotero Rojo de Johanna Díaz López -----	81
Primera Mención: Los ángeles también pintan de Juan Ramón Pueriet -----	89
Segunda Mención: Carlixto de Carlos J. Núñez M. -----	96
Tercera Mención: Marinda de Bony Esther Suriel García -----	102
Mención Especial: Descubriendo el Norte de Massiel Indiana Zapata Caba -----	109
Anexos -----	139



# *A manera de introducción*

*Palabras de agradecimiento de  
Roque D. Santos en nombre  
de todos los participantes*

Señores:

Miembros del Jurado, patrocinadores y autoridades  
de Radio Santa María, público presente.

Aquí les va una historia breve y simple. Hace justamente 10 años participé en este concurso por primera vez. En ese entonces era un apasionado de los cuentos de Juan Bosch, de quien aprendía nuevas cosas en la difícil tarea de contar vidas ajenas; pero, la verdad es que no conseguía dominar el arte de contar cuentos. Sabiéndolo, me animé a concursar con un cuento ambientado en el mundo rural, al estilo del maestro. Llegó la entrega de los premios y no tuve ningún reconocimiento. Varios meses después recibí un ejemplar con los cuentos ganadores del año anterior y unas notas del

entonces director de Radio Santa María. Sus palabras textuales fueron: "Gracias por participar y apoyarnos, esperamos que sigas cultivando las venas de cuentista que hay en ti". Me sentí alegre porque se reconocía mi primer esfuerzo como cuentista; pero también me sentí triste por una razón especial: estaba entre los seleccionados en la primera ronda y no conseguí pasar a las finales. Recuerdo que aquel día me prometí a mí mismo perfeccionarme en la narrativa hasta el nivel de ganar varias veces este concurso.

Hace varios años, después de una larga jornada de estudios universitarios y experiencia laboral y como fruto de una compleja crisis existencial en la que me encontraba, escribí un cuento titulado "El Monstruo" (año 2004), allí ya no contaba vidas ajenas, sino que contaba la mía. Gané el primer lugar en ese certamen. Aquel cuento surgió como una reconciliación angustiosa con varias imágenes maternas muy fuertes en mi vida: primero, la abuela sobreprotectora y sus caprichos para juzgar lo que era bueno y malo para mí, de forma unilateral; segundo, la madre siempre ausente hasta el punto de considerarla muerta; tercero, el poder arrebatador sobre nuestras conciencias de la madre iglesia, de la que sentí la hora de liberarme y llegar a la mayoría de edad en la toma de decisiones (como lo refiere Kant en su breve texto:

¿Qué es la ilustración?).

El elemento catalizador de la cura fue un monstruo imaginario que, en vez de maltratar y engullir a su víctimas, era un juguete que traía felicidad construyendo mundos imaginarios. En esos mundos la risa es el elemento vital, como agua de la fuente primigenia que da vida a su paso y que sin ella somos puro desierto. En palabras de una psicóloga amiga este monstruo no es más que la encarnación del proceso de escritura; yo digo más, el monstruo juguete es la escritura misma.

Seguí escribiendo, participando y ganando este y otros concursos. Publiqué mi primer libro de cuentos, tengo otros que esperan ser publicados. Probablemente sea el único en ganar de forma consecutiva el primer lugar en este concurso. De modo que si no domino a la perfección el arte de contar cuentos, por lo menos esas venas ya están adultas y fluye vida propia por ellas.

Entonces, ha llegado la hora de irme a otro lado con mi monstruo acuoso, con mis mundos posibles, con mis crisis existenciales y con las venas abiertas cual torrente de inquietud y disconformidad con el mundo, Dios, el amor y las cosas.

Si algo tengo que agradecer, es haberme permitido darle vida a mi monstruo juguete y entusiasta (la

escritura) en este espacio cultural. Si a alguien tengo que agradecer es a Radio Santa María y al Grupo E. León Jimenes por su apoyo. Si de aquí nace un escritor se lo debo a ustedes, gracias en mi nombre y en el nombre de todos los participantes en este certamen, es una manera simple y hermosa de hacer patria.

# *Cuentos Premiados*



*Primer Premio*  
***Pecado Mortal***

**Seudónimo:** Villareal  
**Autor:** Roque Diómedes Santos

Esa tarde había recibido su última carta. Una carta definitiva, sin amenazas, pero firme en la determinación de arrojar a la luz pública lo que de mí intenté ocultarle. Escueta y melancólica revivía, en aquellas letras atropelladas, lo que a duras penas habíamos conseguido vivir juntos y que ya estaba destinado a pervivir en nuestras memorias, como un reducto de realidad felicitante o, por lo menos, donde creímos encontrar la felicidad anhelada. Mientras la leía, con cierto dejo de quien ha hecho lo mejor o lo correcto, el teléfono se dejó escuchar colocando en mí la certeza de que era ella al teléfono; una vez más tendría que escuchar sus criterios y su desesperación. Pensé en aquella paz aparente, deshecha en el mismo instante en que

escribía la misiva en mis manos. Con certeza será el inicio de una oleada de desdichas, pensé, como solo a ella le suceden. Era solo un pálpito en ese momento, una simple premonición de esas que nos llegan desde lo más recóndito del instinto. En el auricular, los sollozos abundantes interrumpían sus palabras una y otra vez, me amenazaba con lo peor, la tregua había terminado en tan corto tiempo. Me decía que no merecía estar en la situación en la que, por mi irresponsabilidad y mi temor al compromiso, la había colocado a ella y a toda la familia, todos sabrían de mí y de lo que había hecho a sus espaldas. Cerró la línea con violencia.

En la última semana, después de largos meses de pensármelo y ensayarlo como si fuese un niño ante su primer drama escolar, le había manifestado la radicalidad de mi decisión y mi negativa de volver atrás. Me había encontrado conmigo mismo, sabía lo que quería ser y lo que debía hacer. Tenía clara las consecuencias de mi elección, todo cambiaba para ella como cambiaba también para mí, solo que en sentido contrario. Ella no lo aceptaría y jamás pretendí que lo aceptara.

Si bien su carta me parecía inofensiva, sus palabras en el auricular me presagiaron lo peor. La lluvia iniciaba su ritmo sorpresivo, imaginé que pasaría todo el fin de semana bajo agua. Nuestro

clima es tan absurdo e inesperado como la ciudad misma y los que lo habitan, podredumbre de sueños calcinados en la desdicha. Introduje la carta en el sobre rasgado, con parsimonia, fui destrozándola en diminutos rectángulos. En la medida en que disminuían sus dimensiones, más resistentes al embate de mis fuerzas se tornaban. Encendí el televisor para no escuchar la soledad, la verdad es que no quería seguir dándole vueltas a la decisión tomada o a las decisiones, porque si doy un sí, otras situaciones menores obtienen un no de carambola. La televisión no ofrecía nada interesante, tal vez el tedio me rindió y me dejé llevar por la somnolencia. Aunque jamás duermo sobre el sofá de la sala, ese día dormí como un niño obediente hasta la media mañana del día siguiente. Me duché, tome un viejo proyecto que había dejado a destiempo y comencé a leer lo que meses atrás había hecho y contrahecho, con ánimo de retomar el curso de la historia.

Serían las seis de la tarde cuando escuché el fuerte y consistente golpe. La policía estaba a mi puerta con una orden de arresto: era sospechoso de asesinato.

Graciela yacía muerta en su apartamento. Su rostro desfigurado había sido golpeado una y otra vez con un objeto no identificado. La sala estaba terri-

blemente empapada de sangre, parte de la cavidad craneal estaba literalmente abierta, dejando entrever la masa encefálica.

-¿Hay señales de robo? -le pregunté a mi amigo de infancia que meses atrás había sido ascendido como capitán y jefe del departamento de homicidios en la ciudad. Él, personalmente, quiso encargarse de las investigaciones; imaginé que temía cualquier error de los detectives, la prensa había fustigado la inoperancia de la policía criminal en casos recientes. Su figura de experto acabado en criminalística buscaba rescatar la credibilidad ante la ciudadanía.

-Si te fijas bien en las fotos que han tornado, -me dijo con cierta meticulosidad- no hubo forcejeo en la escena del crimen; como no conocemos la casa no sabemos si falta algún objeto de valor o si el asesino fue a buscar algo específico. La impresión que tenemos es que el móvil no fue el robo.

-Me gustaría ver la casa - le dije con entera confianza - así podría ver si en verdad falta algo.

- Sabes que eres sospecho, así que no puedo dejarte ir; debo interrogarte y mantenerte bajo custodia. Además tengo la prensa sobre mi espalda todo el tiempo.

- Sí, lo entiendo - respondí, como el que aún no terminaba de salir del embotamiento en que me había dejado la noticia del asesinato de Graciela, quien se vio forzada a declarar públicamente que la tan sonada boda del año ya no tendría efecto. La prensa conjeturó historias inverosímiles, con todo, la verdadera razón de la ruptura no salía a la luz. Imagino que Graciela fue atacada vilmente antes de ir con la prensa, como me lo había jurado en el teléfono.

No me sentía preocupado por el hecho de ser sospechoso, era evidente serlo si aún permanecía conmigo la llave del apartamento de quien fuera mi prometida durante tres largos años; era de dominio público nuestra relación sentimental. Mi única coartada no satisfacía la pericia de los agentes.

- Tendremos que esperar que el forense complete su trabajo y me diga la hora de muerte.

- ¡Tú me conoces! ¡Sabes que soy incapaz de dar muerte a alguien!

- No se trata de que te conozca o no, debo despejar dudas y excluirte como sospechoso.

-¿Cuanto tiempo llevara esa exclusión? -pregunté.

Un agente robusto entró por la puerta con un

paquete en las manos. Imaginé que traía evidencia de la casa de Graciela, aunque no pude distinguir sus palabras, susurraba al oído de Carlos. De un sobre amarillo extrajo una cinta para video. Carlos la colocó sobre la mesa, me miró y me dijo:

-Hay un video que me imagino que tú desconoces. Quedé sorprendido por su cambio de actitud, su gesto delataba ahora cierta distancia.

-¿Qué pasa?-inquirí un tanto nervioso- ¿Qué video es ese?

-¡Veámoslo!

El robusto agente trajo una cámara de video digital, la conectó al televisor que pendía de un marco de hierro en la pared del cuarto estrecho. En menos de un minuto, las primeras imágenes me mostraban en mi auto por la avenida 30 de mayo, tal vez a la altura del kilómetro siete y medio. La cámara iba detrás de mi vehículo, alguien me seguía y filmaba mis pasos. Era visible que estaba acompañado. El video mostraba la fecha y la hora de la filmación. Un simple cálculo y mis nervios me alertaron para lo peor. Entonces comprendí el susurro del agente fortachón a su capitán y el cambio de actitud de mi amigo. Juro que pensé mentir sobre el lugar hacia el cual me dirigía y las intenciones de mi acom-

pañante; pero ya no valía la pena. Sus manos sobre mi pelo, nuestras risas y el lugar al que, en ese justo momento, entrábamos no dejaban dudas.

-Si bien no es una imagen del crimen, es un motivo para el crimen. Permanecí callado y cabizbajo. Sentí un dejo de vergüenza por lo que acababan de descubrir. Me sentí culpable. Me sentí aborrecido, con la verdad de quien se creía estar preparado para lo peor y no lo está. Hubo silencio en la sala. El agente que trajo la evidencia se marchó.

-Gracias, Meriñez.

-De nada, capitán.

El capitán Carlos Pérez apagó el televisor y la cámara. Permanecía en silencio, mirando fijamente los surcos dibujados de mis nerviosas manos. Respiré hondo, cerré los ojos y comprendí que nada me situaba en la escena del crimen. Si bien tenían un video que me colocaba con un motivo para el asesinato, nada me colocaba allí. No tenían nada en mi contra, quería ofrecerme a colaborar o de lo contrario me iría a casa. Intenté decirlo, pero el Capitán me detuvo con sus preguntas:

-¿Sabías que Graciela se había enterado de tu infidelidad?

-Sí, lo sabía.

-¿Qué hizo ella cuando lo supo?

-Estaba molesta al inicio. Me lo dijo en su apartamento hace unas semanas, antes del anuncio de la cancelación de la boda. Ese fue el motivo.

-¿Te amenazó con dar a la luz pública el nombre de tu acompañante?

-No, de ninguna manera. Esa noche ella estaba cargada de rabia, pero jamás se le ocurrió tal cosa. Jamás le hago caso a sus amenazas, estaba tan acostumbrado a ellas que ya me parecían inofensivas. Sabes bien como son las artistas de engreídas.

-¿Tuvieron otra conversación después de esa noche? -me preguntó.

-Claro, siempre telefoneaba. Ayer mismo me telefoneó, temprano en la tarde.

-¿Puedes ser más preciso? -sus manos delataban un aire de superioridad y de distanciamiento que me sorprendía. Tal vez él no había sospechado nada de mi vida y aquellas imágenes también lo tomaron por sorpresa. Sobre la mesa aún permanecían las fotos instantáneas de Gabriela, bocabajo, inundada en un intenso mar de sangre.

La vida estaba esparcida por el piso, convertida en un espeso y cuajado líquido bermejo. Imagino que buscando algún efecto en mi débil psicología fue dejada allí, sobre la mesa.

-La hora es importante para confirmar tu coartada y la hora del crimen -me dijo, como queriendo revertir aquella atmósfera en la que nos habíamos imbuido.

-No sé, imagino que serían las tres y algo, tal vez las cuatro en punto. Después me dormí en el sofá hasta la mañana siguiente, me senté delante del computador y releí algunas notas de un proyecto que no he completado; después, llegaron ustedes con la terrible noticia de que había sido asesinada. Mientras hablaba, el celular de mi amigo sonó. Por delicadeza dejó que terminara mi exposición. Tomó la llamada. Hizo un par de preguntas que me dieron a entender que hablaba con el forense, con certeza ya tenía la hora de muerte y las circunstancias de las mismas. Completada la llamada, mi amigo cerró el celular y cambió de tono, parecía estar seguro de mi inocencia.

-El médico forense dice que murió entre cuatro y media y cinco de la tarde de ayer. Si en verdad estabas en tu casa y hablaste con ella a las cuatro, el asesino debió perpetrar el hecho minutos después de tu llamada.

Respiré más aliviado, mis manos dejaron de sudar, tuve más confianza en mí.

-¿Notaste algo extraño en su voz mientras hablaban por teléfono? -preguntó

-Nada.

Salimos de aquel cuarto, rumbo a la casa de Gabriela. En el trayecto me explicó que hacía aquello porque me conocía y precisaba de mi ayuda; necesitaba saber si faltaba algo en el apartamento. Debían descartar el robo.

Llegamos. Un oficial custodiaba el apartamento. La gente curiosa nos miraba de soslayo. El apartamento estaba bajo custodia y los investigadores merodeaban el vecindario sin saber qué buscar o a quién buscar. Simplemente no tenían nada, apenas el cadáver de una artista joven que vivía sola en su apartamento de lujo.

Me sorprendí al ver tanta sangre esparcida por el piso. Es distinto observar la escena de un crimen a través de fotografías. Sentí náuseas. Las lágrimas se tornaron inevitables. Tomé el pañuelo de mi pantalón y froté mi nariz. Los ojos nublados me impedían ver con claridad. Iniciamos el recorrido, intentando buscar una simple pista que nos llevara hasta el asesino. En su habitación estaba todo en

orden, también el cuarto de servicio y lo que fungía como biblioteca, aunque sabía que aquello tan solo era decorativo, jamás se acercaba a aquel salón. Fui a la sala con la convicción de que el criminal solo atacó a Graciela y se marchó, no tocó nada en particular. Su motivo no era el robo.

-No entiendo nada de lo que pasó aquí -dijo alguien que en ese momento entraba a la cocina, donde estábamos el capitán y yo.

-¿Qué no entiendes Ramírez? -le preguntó mi amigo.

-Fíjese, capitán, interrogué a todos en el edificio. Nadie escuchó nada, nadie vio nada. Nadie ha salido del edificio. Se comete un crimen a plena luz del día y no tenemos nada, ni testigo ni sospechoso.

-¿Interrogaste al guachimán? -preguntó mi amigo mientras observaba la alacena.

-Sí, señor. Llamé a la compañía de vigilantes para que me den el nombre y la dirección del guachimán que le tocó el turno de la noche, el que está allá abajo llegó a las nueve. Por cierto, todavía tiene un tufo de madre.

-Quiere decir, Ramírez, que no tenemos sospechoso -dijo mi amigo con tono leve.

Escuchar aquellas palabras me daba seguridad. Calmé mis nervios y me dije a mí mismo que debía observar con cuidado aquella escena del crimen. Si la policía no tenía sospechoso yo debía encontrar algo, no hay crimen perfecto.

Pasé a la sala. Solo en ese momento me di cuenta de la disposición de los muebles. El sofá de tres piezas tenía otra disposición a la habitual. Graciela detestaba los cambios bruscos en la casa, como artista tenía muchas cábalas e ideas tontas sobre las fuentes de energías de una casa, jamás le entendí sus explicaciones sobre el centro gravitacional de la sala; pero estaba seguro que ella no colocó aquella disposición de los muebles, ni lo hubiese permitido: no formaban un triángulo con el vértice hacia las ventanas, fuente de la luz mañanera.

-¡Los muebles! -dije completamente seguro de lo que decía.

-¿Qué pasa con los muebles? -preguntó el agente apellidado Ramírez.

-Sí, ¿qué pasa con los muebles? -repitió mi amigo, como dejando entrever que quien debía hacer las preguntas era él.

-Tienen otra disposición, de eso estoy seguro.

-¿Cuál era su disposición entonces?

Señalé el sofá de tres piezas, giré mis manos y mi

torso hacia la izquierda y figuré la posición en la que solían estar.

-Entonces, ¿alguien movió estos muebles? -dijo el oficial Ramírez.

-Evidentemente, Ramírez, ¿qué pensabas? -dijo el capitán.

Aunque para un extraño aquellos adornos no estaban en desorden y la mesita que hacía juego con los muebles no mostraba que allí hubo signos de violencia, descubrir la extraña posición de los muebles me dio esperanzas de que tendríamos nuestra primera pista, íbamos por buen camino.

- Creo que el asesino quiso dejar todo ordenado-comenté.

- Esto nos indica que es un conocido, ¿verdad, Capitán?

Ramírez irrumpía en mis nervios con sus conclusiones apresuradas, me sentí amenazado con aquel aprendiz de detective que solo quería presumir y hacerse el inteligente a costa de mi inocencia.

-Sí, Ramírez, probablemente la misma víctima dejó pasar al asesino. En confianza abrió la puerta o tal

vez la dejó abierta y el asesino aprovechó para entrar. De todos modos, la reubicación de los muebles y la mesita de la sala nos indican que hubo cierto forcejeo que luego intentaron ocultar. O el asesino intentó despistarnos o es un obsesivo con el orden. Tal vez este no haya sido su primer crimen, pues no se mostró nervioso al intentar disponer los muebles según su criterio.

-Seguro no temió dejar sus huellas por doquier, sabe que en este país no se cuenta con un buen laboratorio para investigar los detalles más ínfimos de un crimen.

Nadie se sintió aludido por mi comentario. Parecía una verdad de perogrullo, pero que no los limitaba. Tendrían confianza en resolver el caso atendiendo a sus posibilidades reales.

-La sirvienta, ¿dónde está? -preguntó el tal Ramírez.

-Tenía unas semanas de vacaciones, imagino que estará en el campo ya que murió un familiar cercano, no se si ha regresado a trabajar.

-¿La sirvienta vivía con la señora? -volvió a preguntar Ramírez. Daba la sensación de que Ramírez se hacía el más detective de la cuenta. Mientras Carlos observaba a través de las ven-

tanás, Ramírez levantaba aquel sofá inmenso.

Despejé todas las dudas sobre la sirvienta, era una persona respetable y con certeza estaba bastante lejos de aquí.

-Quien lo hizo debió entrar por la puerta. -Carlos parecía meditar consigo mismo-. No hay modo de entrar a este apartamento que no sea por esa puerta. Y no hay modo de entrar a este edificio que no sea por la puerta de abajo, frente a la estación del guardián.

-Significa, mi capitán, que el asesino todavía está en el edificio.

-Eso imagino, Ramírez, eso imagino.

Permanecía absorto, de momento nada tenía sentido. Allí estábamos elucubrando sobre los posibles asesinos de Graciela.

-El guardián dice que hoy entró mucha gente en la mañana, pero que en la tarde todo está tranquilo y que ningún extraño ha salido o entrado.

-Los guardianes conocen a todos los inquilinos y también guardan un registro de los visitantes, es una manera de asegurar que ningún extraño entre al edificio sin saberlo -dije.

-¿Entonces el asesino es un inquilino? -preguntó el Ramírez.

-¿Ya los interrogaste a todos?

-Sí, señor, uno por uno.

- ¿Algo sospechoso?

-No señor, nada. Me parece gente común.

-Entonces alguien miente, Ramírez, alguien miente...

Era evidente. La pregunta era quién de los que allí vivían tenía carácter para cometer tan horrendo crimen y sin motivo alguno. En el piso de Graciela, el cuarto, parejas jóvenes ocupan los restantes dos apartamentos. Una de ellas estaba de viaje; la otra, regresa a casa después de las nueve. Los detectives lo habían confirmado, no son sospechosos.

-Como que no tenemos nada, Capitán. -dijo Ramírez con voz ronca.

-Sí, tenemos, Ramírez: el asesino no ha dejado el edificio. Espera por nosotros.

El capitán dio la orden de que no permitieran la salida ni la entrada al edificio. Pidió que el guardián confirmara si alguien había salido entre las cuatro y las siete del día de ayer y entre las ocho y once y

media de hoy, hora en que ya la policía estaba en el edificio.

Nos pidió que le acompañáramos a cada piso, debía conocer a todos sus inquilinos; de ese momento en adelante, todos eran sospechosos de un crimen. Seis pisos con tres apartamentos por piso y un promedio de cinco personas por apartamento eran sospechosos de un crimen.

El guardián confirmó que solo salió una de las sirvientas del sexto piso entre las ocho y las once y media de ese día, en el día anterior ningún extraño entró. Subimos, nos dirigimos al primer apartamento del sexto piso. Con timidez nos abrió una señora mayor que jamás salía. Estaba muy afectada con lo que había escuchado, apenas quiso abrir la puerta. Nerviosa, respondía las preguntas del capitán con una clara expresión de miedo. Confirmó que su sirvienta se había marchado a las seis y treinta, era una señora incapaz de cometer crimen de esa índole, tenía una deficiencia en el brazo izquierdo que la inutilizaba para todo aquello que requiriese un grado de fuerza extraordinario y aquel crimen había sido horrendo según aseguraban los medios televisivos.

El capitán intentó calmarla, le tomó sus manos temblorosas y la colocó entre las suyas, transmitiéndole

dole cierta paz. Estaba seguro que si bien aquella señora no tenía nada que ver con el crimen, sospechaba de alguien en particular. Nos pidió que saliéramos del apartamento, que le esperásemos en el pasillo. Obedecimos. Cinco minutos más tarde estaba con nosotros, su rostro expresivo tenía un aire de quien llega a la comprensión del problema.

Ni Ramírez ni yo dijimos una palabra. Seguimos al capitán que se dirigía al apartamento 6B. El timbre se escuchó ahogado. Esperamos. Nadie quiso abrir. El capitán acercó sus oídos a la puerta, parecía que no había vida detrás de aquella puerta.

-Ramírez, me dijiste que interrogaste a todo el mundo en el edificio, ¿qué pasó con este apartamento?

-Nada, capitán, supuse que los inquilinos no estaban presente. Y a la señora del 6A la encontré en el 5B, parece que allí vive su hermana.

-¿Y el 6C, Ramírez?

-Está desocupado, Señor.

Por tercera vez el capitán tocó el timbre. Nadie respondió. Hubo un silencio y cierta sospecha de

que algo extraño sucedía allí dentro. Nos miramos absortos, como si todos advirtiésemos lo peor. Fue inútil, un disparo atravesó la puerta, impactándome en el estómago. Nunca en mi vida había sentido tanto dolor en mi cuerpo. Aquella bala se alojó en mí. La pólvora ardía en mi vientre. Pensé que moría. Ramírez me tomó por el brazo izquierdo y me arrastró hacia un lado, tomó su teléfono celular y pidió refuerzos. El capitán extrajo su arma, de espaldas a la puerta, en el lateral derecho, me miraba asustado. Alguien dentro había enloquecido para disparar de ese modo, una bala errática que se alojó en mi vientre, produciéndome el peor de los dolores infernales. Se escuchó otro disparo.

Hubo un silencio aterrador, Ramírez hurgó en mi herida y comprobó que no había orificio de salida. Extrajo su arma y mirándome a los ojos, me aseguro que viviría, había visto cosas peores.

Los disparos cesaron, no hubo respuestas al llamado de rendición del capitán. Parecía gustarle la diplomacia ante todo, no conocía esa faceta. Aunque amigos de la infancia, jamás hablábamos de su oficio. Siempre que alguien ingresa a las filas militares, se vuelve huraño, silencioso, aunque nuestra amistad no había mermado en nada, era evidente que había temas de los cuales no se hablaba y que ya no compartíamos secretos.

Imagino que pasaron dos minutos antes del último disparo. Los dos minutos más largos de mi vida, tiempo en que un cúmulo de sensaciones y recuerdos de lo vivido te atosigan, incrementando la agonía de ver desfallecer la luz interior. Todo a mi alrededor parecía detenerse, los hechos transcurrían en otra dimensión, más lento que de costumbre. Apenas podía advertir cada movimiento, cada gesto de mi amigo. No supe cómo, pero solo volví en mí en esta habitación de hospital. Aquí me recupero satisfactoriamente. Hace unas horas mi amigo, el capitán Pérez, me ha informado con detalle del desenlace y la solución del caso. Todo se explica en un momento de locura de un cuarentón drogadicto, cobarde para quitarse la vida con sus manos. Abandonado por todos y sumido en el peor de los vicios, el abogado Roberto Despradel entró por la puerta abierta, tal vez por un descuido de ella o un simple olvido de algo para volver a salir (tal vez aquella cinta funesta lo originó todo). Hubo forcejeo en la sala, la asesinó a golpes con su pistola y, en un arrebato de sin razón, la violento sexualmente post mortem. La manía por el orden hizo que intentara ordenarlo todo, trastocando el lugar perenne de cada mueble. También Graciela tenía sus manías y jamás se perdía una puesta de sol desde su ventana, mirando justo al mar. Quince minutos después de mi herida, un comando espe-

cial entró al apartamento, aquel hombre cuarentón estaba sentado en su sofá de tres piezas, mordía el cañón de su pistola, sus manos temblorosas le impedían darse el tiro de gracia. Tal vez ya entendía la magnitud de sus hechos. Una y otra vez la policía intentó persuadirlo para que bajara el arma, fue inútil. Sacó el cañón de su boca y disparó hacia los detectives, recibiendo seis impactos de bala en el pecho. Así puso fin a su vida. Dejó una nota explicativa del por qué no se había suicidado: Dios condena al suicida al infierno eterno, pero perdona todo pecado mortal. Consiguió su objetivo.

Antes de despedirse, mi amigo capitán, me ha dejado un video en un sobre lacrado. Le he dado las gracias. Con molestias en la herida, estrecho su mano derecha, siento la firmeza de sus dedos, suaves como siempre. He comprendido que no osa hablar del tema y que prefiere que no lo toque. En un intento por salvar la situación le he dicho que ya hablaremos de ello. Gentilmente me dejó la bala extraída de mi estómago; con aquella sonrisa hermosa en sus labios gruesos me dio la espalda y desde la puerta me dijo: "Ese es tu problema, no el mío".



*Segundo Premio*  
**Monólogo del Libro**

**Pseudónimo:** El Lector

**Autor:** Isabel Florentino Romero

- Sé que estas ahí y no me importa. Solo quiero que termines la historia. Tal vez te sorprenda.

Notó un brillo en sus ojos que recorrió todo su rostro hasta reventar en una carcajada. Esas palabras congelaron su pensar.

- Si no quiero seguir, ¿qué vas a hacer?- le contestó, con la voz casi desvanecida. El miedo le cambió hasta el color.

- He pasado demasiado tiempo esperando que termines ese maldito libro. Termínalo para que me pueda ir de una buena vez.

Trató de levantarse de la silla en la que parecía estar clavado. Fue inútil.

- ¿Qué tratas de hacer? No puedes levantarte. Yo no te lo permitiré.

- ¿Qué es lo que quieres?

- ¿No lo sabes? Te lo he dicho mil veces. ¡ Termina ese libro!

- No tengo fuerzas para continuar leyendo. Es que no ves que me aterra pensar que estas cosas sean ciertas o que puedan estar sucediendo en este mismo instante.

Camino a su alrededor hasta penetrar en su cerebro, tratando de convencerlo.

- Termina la historia muchacho- le susurro casi con ternura, con una firmeza que le erizó la piel.

Tomo en sus manos el libro que parecía llamarlo desde la mesita de noche. Encendió la lámpara y trató de leer. Su cuerpo sudaba, a pesar de que la temperatura era bastante fresca. Levantó el separador de libros, volvió a la página que había dejado. Ahora debía hacerlo contra su voluntad, obligado por un individuo que jamás había visto, pero que se le parecía a alguien que no podía recordar. Nunca lo invitó a entrar en su casa. Su mente no estaba en el libro, se encontraba en cuestionantes que ya no importaban. Su miedo se hizo más hondo.

- ¿Cómo llegaste aquí?

Esas palabras salieron de sus labios, aunque no era lo que quería preguntar. Su cobardía era tal que no le permitía articular palabras inteligentes.

- Termina de leer y comprenderás cómo llegué aquí.

No sabía si se trataba de un chantaje o si en verdad la respuesta estaría al final de la historia.

- Un segundo- reflexionó- si al final está la respuesta, entonces me voy al final, y se acabó.

Comenzó a pasar página tras página, tratando de terminar lo que para él era su gran pesadilla.

- No se te ocurra hacer eso, tu final está en el medio.

- ¿Cómo supo lo que pensé si no dije nada? Solo moví las páginas.

- También escuché eso.

- ¡Maldito! ¡Maldito...mil veces!

- Maldito tú que no terminas de leer. ¿A qué le temes, si solo te quedan 284 páginas. Tenemos toda la noche, a penas son las 12:00.

Volvió a la página anterior con un sentimiento de

rabia y desconcierto. No entendió por qué tenía que hacer caso a un hombre igual que él. Comenzó a leer la primera oración. Sus ojos se tornaron pesados. Las letras se deformaron. Su cerebro no procesaba las oraciones. Las palabras se volvieron más pequeñas a su vista. Vencido por el cansancio, camina bajo una brisa fría que arrastra una ligera llovizna. Siente que solo cae en su cara, algo más que agua baja por su frente, despertándolo de golpe.

- ¿Qué haces? ¡coño, quieres pasmarme!- Le dijo, mirando hacia arriba, como buscándolo. Él, detrás de la silla, aún sostenía el jarrón por encima de su cabeza.

- Bueno, si es necesario para que me dejes ir. No quiero seguir en este patético lugar. Piensa un segundo: ¿Quién está más atormentado, tú que tienes que leer el libro, o yo que tengo que escuchar?

- ¿Y si me dices cómo termina la historia? Tú podrías irte, y yo podría descansar. Sería más rápido, nadie se enteraría. Solo estamos tu y yo ¿verdad?- le dijo, tratando de contrarrestar el poder que hasta ahora había ejercido sobre él. Es el momento perfecto. Está agotado. Se derrumbó en la silla próxima a mí. Es el momento perfecto para atacar, pensó.

- ¿Qué haces? No, no te atrevas. No quieras hacer lo mismo conmigo. Es tu libro, tú lo empezaste. Ahora lo terminas.

Ya no tenía más argumentos. Se resignó, abrió el libro decidido a terminar con el tormento de ambos. Estaban cansados. Uno frente al otro se miraron con pena, desesperados por deshacerse el uno del otro. La casa estaba a oscuras. La lámpara al lado de él, era la única luz. Paró de leer. Miró al sujeto sentado a su frente, le pareció conocida la historia. Volvió al libro, quiso convencerse de que no era lo mismo. Continuó leyendo, “desplomado en el mueble”. El otro, se levantó para estirar los brazos. Alzó la vista y notó la misma acción. Pudo comparar su parecido con él. Se negaba la posibilidad de que el libro describiera su propia historia. Continúo la lectura. Estaba llegando a su final que era la mitad de la historia. Su rostro palideció cuando la luz del nuevo día lo alcanzó. Había amanecido. Frente al otro parecía estar viéndose ante un espejo. Abandonó el libro de golpe, como si descubriera un secreto horrible. El libro cayó al suelo, quedando en la última palabra de la página que deletreaba el FIN.



*Tercer Premio*  
**Poderoso Caballero...**  
**Don dinero**

**Seudónimo:** Colibrí

**Autor:** Romito Encarnación Florián

El médico legista y los oficiales investigadores llegaron casi juntos a la escena donde todavía yacía tirado en el piso, el cuerpo sin vida de Andrés Somoza. El cadáver no presentaba ningún tipo de violencia con el que se pudiera comenzar a hacer una investigación efectiva y convincente. Se desempeñaba el difunto como encargado de mantenimiento y seguridad del edificio de apartamentos comerciales donde sucedió el hecho. Por las responsabilidades de su trabajo, acostumbraba llegar, entre las siete y siete y treinta minutos de cada mañana, a excepción de los domingos que era sustituido por el señor Alexis Morales, quien fungía como su asistente. A la hora de su deceso, Andrés Somoza tenía 46 años de edad. Un hombre relati-

vamente joven y con buen estado de salud, debido a que, por su costumbre de haber sido militar durante veintidós años, se ejercitaba, por lo menos, una hora diariamente y el día que dejaba de hacerlo, decía: “Algo me falta. Siento que no vivo y que mi cuerpo levita”. Tal era su costumbre.

De entrada, ni el legista ni los investigadores tenían a mano ninguna premisa de la que partir para hacer las primeras investigaciones sobre el caso. De cualquier manera, tenían que comenzar el proceso. Primero, debían iniciar por investigar, el lugar de donde había salido el señor Somoza ese día, que natural y supuestamente, debía haber sido de su casa.

-Señora, -dijo el oficial investigador-, díganos, ¿a qué hora salió su esposo hoy en la mañana?

-A la misma hora de siempre, señor-, respondió la señora.

-Puede usted decirnos la hora exacta-, dijo el oficial, mientras su acompañante tomaba algunas anotaciones en una libreta.

-Entre las seis y treinta o seis y cuarenta minutos de la mañana-, dijo la señora.

-¿Qué estado de ánimo notó usted en él, cuando salió?-, preguntó el oficial.

-Normal, señor. No vi nada extraño-, dijo ella.

-¿No tuvieron ustedes ningún tipo de discusión antes de que él saliera?-, preguntó el oficial.

-No señor. No acostumbrábamos a discutir-, respondió la señora.

-Por último, señora, ¿quién es la persona con quien primero hacía contacto el señor Somoza en la empresa?-, preguntó el oficial.

-Con el señor Alexis Morales, que era su asistente, me supongo-, dijo la señora.

-¿Cuál cree usted era la relación entre el señor Morales y su esposo?-, preguntó el oficial.

-Muy buena. El joven Alexis Morales, es una persona muy buena, creo-, dijo la Doña.

-Señora, -dijo el oficial-, tome estas preguntas como algo rutinario. Como sabrá, debemos hacer algunas investigaciones que nos arrojen luz y nos ayuden a determinar qué pudo suceder y para eso tenemos que contactar a las personas con quienes el difunto tuvo sus primeros contactos. El cuerpo no presenta ningún signo de violencia y eso, de momento, entorpece el inicio de las investigaciones.

-No hay problema, oficial, -dijo la señora-. Haga su trabajo.

-Gracias, señora por su comprensión. Nos veremos luego-. Terminó diciendo el capitán.

Luego de hacer las preguntas de rigor a la señora Yocasta de Somoza, esposa del difunto, procedieron a hacer lo propio con las personas con los que primero tuvo contacto al llegar a su lugar de trabajo.

-¿Es usted el señor Alexis Morales?-, preguntó el oficial.

-Sí, señor, para servirle. ¿En qué puedo ayudarle?-dijo el señor Morales.

-¿Era usted la persona con quien primero el señor Somoza, se veía todas las mañanas, verdad?

-Así es, señor, -dijo Alexis.

-Al encontrarse hoy, ¿qué notó raro usted en él?-, preguntó el oficial.

-Nada extraño en principio, señor,-respondió.

-¿ Y luego. . . ?-, pregunto el oficial.

-Sí, entre las siete y siete y treinta de la mañana, más o menos, el señor Somoza me dijo que se sentía medio mareado y que además tenía un fuerte dolor de estómago.

-¿Acostumbraban ustedes comer o beber algo en la mañana?-, preguntó el oficial.

-A comer no, señor -dijo Alexis-, pero si a tomar café o té bien temprano.

-¿Tomó el señor Somoza café o té hoy?-, preguntó el oficial.

-Hoy no, señor. Parece que ya estaba sintiéndose mal-, dijo Alexis.

-Además de que él le dijera que sentía mareos, ¿qué otra actitud extraña notó usted en él?-, preguntó el oficial.

-Ninguna, señor, -dijo Alexis-. Solo que después que llegó fue al baño tres o cuatro veces y la última vez, cuando vi que tardó unos diez o quince minutos y no regresaba, llegue hasta allí y lo encontré tirado en el piso. Ya era cadáver, señor.

-¿Y ante esto que hizo usted?-, preguntó el oficial.

-Llamar a las demás personas que llegan temprano

a las diferentes oficinas y luego hice lo propio con los dueños del edificio. También llamé a Doña Yocasta y a sus hijos-, dijo Alexis.

-Gracias, señor. Por ahora está bien. Es posible que en otra oportunidad volvamos a hacerle otras preguntas-, dijo el oficial.

-Correcto, señor-, dijo Alexis.

Transcurrida la mañana y pasado el mediodía, según el parte médico expedido por Patología Forense, el diagnóstico fue de muerte por envenenamiento. Las partículas que encontraron en el estómago del señor Somoza, le provocaron una hemorragia interna que le segó la vida por necesidad. A partir de ahí, no era difícil determinar quien o quienes habían cometido el crimen, si en su casa, o su lugar de trabajo.

En el conversatorio que sostuvieron los investigadores con el señor Alexis Morales, este dijo que el señor Andrés no tomó el café que de ordinario solía tomar en la mañana. Esta situación, de entrada, complicaba el trabajo de los investigadores porque, aunque ya era sabida la causa del deceso, ¿a quién culpar por ahora? Porque alguien existía que había que culpar.

Una semana después, la investigación apuntó de

nuevo hacia la casa del occiso y esta vez le fueron formuladas unas cuantas preguntas a Joaquín, el hijo mayor del fallecido.

-Como sabrás, -dijo el investigador-, tu padre murió víctima de un envenenamiento y tenemos que dar con quién o quiénes lo envenenaron. De acuerdo a los experticios y las investigaciones, ha sido descartada la posibilidad de que tu padre se suicidara.

-Y ¿qué evidencias lo han hecho descartar que fuera un suicidio, señor?

-Sencillo. -dijo el oficial-. En caso de que así fuera, tu padre lo hubiera hecho en la noche, o muy temprano en la mañana, cuestión que le permitiera morir aquí en su casa. Es por eso que queremos reconstruir los hechos, desde los primeros instantes en que el difunto inició la mañana de ese día para tratar de dar con quién o quiénes cometieron el crimen.

-Tiene razón, señor, -dijo Joaquín-, pero en estos asuntos no es bueno descartar nada-, respondió el hijo.

-¿Tienes tú algunas aprehensiones que te hagan sospechar que tu padre pudiera haberse suicidado?-, preguntó el oficial.

-No ciertamente, señor, -dijo Joaquín-, pero como usted sabrá, a veces tenemos problemas que entendemos que solo quitándonos la vida, podemos resolverlo.

-Tienes razón, -dijo el oficial-. Pero, que tú recuerdes, ¿qué era lo primero, que de ordinario hacía tu padre cuando se levantaba en la mañana?-, preguntó el oficial.

-Hacia una rutina diaria de ejercicios, señor-, respondió Joaquín.

-¿Y dónde los hacía?-, preguntó nuevamente el oficial.

-Ahí en el patio. Mire los instrumentos que utilizaba para sus calentamientos-, dijo el joven mostrando las pesas, sillas giratorias y otros instrumentos para ejercicios físicos.

-¿Y qué hizo ese día cuando terminó de hacer su rutina de ejercicios?-, preguntó el oficial.

-Como siempre, -respondió-, preparaba la greca del café y la ponía en la estufa mientras se bañaba. Cuando salía del baño, endulzaba el café y tomaba una o dos tazas leyendo los periódicos.

-¿Le preparaba tu madre alguna vez el café?-, preguntó el oficial de nuevo.

-Muy rara vez-, dijo.

-Y el día de su muerte, ¿lo preparó tu madre o él?- preguntó el oficial.

-Por coincidencia, -dijo-, ese día justamente mi madre y yo nos levantamos a la misma hora que mi padre porque yo tenía previsto irme de fin de semana con un grupo de amigos de la universidad quedamos de juntarnos bien temprano ese viernes en mi casa.

-¿Y acostumbraba tu madre levantarse a la misma hora que lo hacía tu padre?-, preguntó el oficial.

-No, no, -dijo Joaquín-. A mi padre no le gustaba que ella se levantara tan temprano, para no sacrificarla, pero ese día ella se levantó a prepararme el bulto con la ropa y otras cosas, que me llevaría en el viaje que ya le mencioné.

-¿Y quién endulzó el café, esa mañana, entonces?-, preguntó el oficial.

-Como ya estábamos levantados, señor, lo hizo mi madre. Como yo tomo café también, mi madre no esperó a que mi padre saliera del baño y lo hizo ella para que yo tomara y para que les brindara a mis amigos, que ya esperaban por mí en el estacionamiento frente a la casa-, respondió Joaquín.

-Bien, -dijo el oficial-, y ¿sabes tú si tu madre y tu padre habían tenido problemas en esos días?

-No creo, -dijo-, problemas propios de parejas.

-¿Cómo cuáles?-, preguntó el oficial.

-Por ejemplo, -dijo-, cuando mi padre no llegaba a almorzar al mediodía; si llegaba un poco tarde en la noche y no la llamaba. Cosas de ese tipo, pero con una simple explicación de mi padre, todo quedaba arreglado, porque de verdad, se llevaban muy bien y pocas veces los vi discutir. Mi padre era un hombre muy cariñoso y atento con mi madre, además, muy respetuoso y con muchos detalles de caballerosidad.

-Por último, -dijo el oficial-, ¿sabes tú si el señor Somoza acostumbraba ir a otro lugar antes de llegar a su oficina?

-No que yo sepa, señor-, dijo Joaquín.

-Está bien por ahora, -dijo el oficial-. Mira toma esta tarjeta. Cualquier cosa que tú creas importante y que nos pueda arrojar luz en el caso, llámame, por favor.

-Así lo haré, señor-, dijo Joaquín.

La conversación entre el oficial y el hijo del difunto, al parecer, nada nuevo arrojó a las investigaciones, porque, ¿qué tiene de malo el que una esposa pelee con su marido porque no llegue a almorzar al mediodía o que no le llame si es que va a llegar un poco más tarde? Estas cosas son normales y naturales entre todas las parejas. Lo hacen todas las mujeres. Algo sí llamó la atención al capitán González, y era la aprehensión que tenía Joaquín acerca de que su padre pudo haberse suicidado. ¿Por qué podía pensar este muchacho que su padre pudiera haberse suicidado? “Bueno, cosas del tiempo son, y no de España”, pensó el capitán para sus adentro.

En principio, aparentaba sencillo determinar quién o quiénes habían envenenado al señor Andrés Somoza, pero con el curso de las investigaciones se iba demostrando todo lo contrario. El caso era cerrado, como dicen los criminalistas, debido a que no había premisas que pudieran observarse a simple vista. Sabían que el asesino o los asesinos no estaban lejos. Estaban cerca. Pero algo les impedía dar certeramente con él o con ellos. Debido a que las primeras personas con quienes conversaron los investigadores fue con Doña Yocasta y con Alexis Morales, asistente del difunto, y éste último dijo que el occiso no había tomado el acostumbrado café o té que solía tomar en la

mañana, esto descartaba que fuera envenenado en su lugar de trabajo, pero eso era lo que decía Alexis. Había que comprobarlo. ¿Cómo? Había que intentarlo, por lo menos. Pero luego de conversar con el hijo mayor del difunto, no podían ser despejadas aún las dudas de si fue en su casa que ocurrió el envenenamiento en virtud de que el muchacho dijo que quien siempre preparaba el café era su padre y esta vez lo hizo Doña Yocasta. Ahí se habría una ventana de posibilidad, que a su debido tiempo, había que investigar. Pero bien, en virtud de que no hay crímenes perfectos, los investigadores siguieron atando los cabos que aún quedaban sueltos, que no eran tantos, pero sí complejos.

-Señor, -dijo el oficial-, como uno de los dueños y administrador del edificio que usted es, y como superior inmediato del difunto Somoza, ¿le comentó él en los últimos tiempos si tenía algún problema, ya sea familiar o de cualquier otra índole?-, preguntó el oficial.

-No señor, -respondió el señor Riviera-, Andrés era un hombre sumamente correcto y responsable y por demás muy discreto. Aparentemente todo marchaba bien, a excepción de unos problemitas que tenía con su hijo mayor.

-¿Sabe usted que tipo de problemas, señor?

-Él me dijo que eran problemas que tenían que ver con los estudios del muchacho. Pero no hace mucho me comentó que eso se había superado.

-Aunque estos son problemas personales, señor -dijo el oficial-, que no tiene porque usted saberlo, pero, ¿pudo usted darse cuenta si además de los problemas acerca de los estudios, había algún otro problema más serio, aún, con su hijo?

-Para serle sincero, -dijo el señor Riviera-, si los había, el difunto no me comentó y mire que él me tenía mucha confianza.

-¿Y qué sabe usted acerca de las finanzas del señor Somoza y su familia?-, preguntó el oficial.

-Creo que muy buenas, señor, -dijo el señor Riviera-, además de que cobraba una buena pensión como militar en retiro, y que tenía una aceptable remuneración en la empresa, en meses pasados, la compañía, en la celebración de su doceavo aniversario, le hizo un reconocimiento, además de que le fue aumentado su salario de manera muy sustancial.

-¿Qué tiempo tenía el señor Somoza laborando en la empresa, señor?-, preguntó el oficial.

-Fue de los fundadores, -dijo el señor Riviera-, tenía

los mismos doce años, más o menos, que tiene de fundada la empresa. Yo lo quería como si fuera mi hijo, porque él y mi hijo mayor, fueron oficiales juntos, hasta que se pensionaron, además de que el señor Somoza, era un hombre fuera de serie. Honesto, respetuoso y buen amigo.

-Pero, -dijo el oficial-, ¿notó usted por lo menos en los últimos días, algún cambio en él?

-No, no. -respondió el señor Riviera-, Andrés era una de esas personas que nunca mostraban mala cara. Siempre fue un hombre solidario con todo el mundo. Siempre estaba dispuesto a cooperar con los demás.

-¡Qué lástima!, -dijo el oficial-. Era buen hombre, ciertamente.

-¡Ah!, se me olvidaba decirle, señor, que además del reconocimiento que le hizo la empresa, en una rifa que hacemos cada año, en nuestro aniversario, esta vez fue él el agraciado y nada más y nada menos que además de ganarse un carro del año, ganó también una póliza de seguros, cuya cobertura es de dos millones quinientos mil pesos para los descendientes, como hijos y esposa, y para el titular, cinco millones, en caso de fallecimiento.

-¡Ahhhhh!, ya entiendo, -dijo el oficial-, y dígame

algo, ¿a qué tiempo puede cobrarse esa póliza de seguro en caso de la muerte del titular, como es el caso que nos ocupa?

-Inmediatamente se cierra el contrato entre la empresa y la aseguradora-, dijo el señor Riviera.

-Significa esto que la familia del señor Somoza, ¿puede ya reclamar ese seguro, verdad?

-Claro que sí. De hecho ya les estamos ayudando a la esposa y a sus hijos, principalmente a Joaquín, como hijo mayor, con el “papeleo” para esos fines.

-¡Qué bueno que así sea! ¡Qué bien...! -, dijo el oficial.

-Sí, gracias a Dios, nosotros en la empresa, nos hemos preocupado porque nuestros empleados en casos como estos, por lo menos, sus familiares no queden en la calle, como dice el vulgo-, dijo el señor Riviera.

-Eso es importante, señor Riviera. Y por último, permítame darle las gracias por el tiempo que nos dispensó, a la vez que le pedimos excusas por algunas preguntas de carácter personal que le hicimos, pero como usted sabrá, el caso lo amerita. Tome usted esta tarjeta por si puede ayudarnos en las investigaciones. No dude en llamarnos. ¡Ah!, excúseme, señor. Si hay algún otro familiar del

señor Somoza que no sea la esposa o los hijos, con quien podamos conversar, hágamelo saber. Démele esta tarjeta y dígame que me llame, por favor.

-Como no, precisamente hoy en la mañana estuvo aquí el hermano mayor del difunto, que también fue compañero de milicia de mi hijo y del propio Andrés. Es otro gran hombre también. Yo le daré la tarjeta para que le llame. Y por lo demás, descuide-dijo el señor Riviera.

Según los investigadores, aunque todavía no tenían en la mira el potencial asesino, las cosas iban aclarándose a medida que se profundizaban las investigaciones e iban saliendo a flote algunas “cositas” que pudieran haber alimentado la ambición y el propósito final del posible asesino.

-Señora, -dijo el oficial- ¿es usted la persona encargada de asear las oficinas del edificio, verdad?

-Si señor, -dijo la señora muy nerviosa-, pero déjeme decirle que nada tengo que ver con nada de lo que haya sucedido. Se lo juro por mis hijos, señor.

-No señora. No se trata de eso, -dijo el oficial-, solo queremos hacerle unas cuantas preguntas que en nada la comprometerán. Se lo aseguro, señora.

-Por mis hijos, señor, -dijo la señora-. Soy madre soltera con cinco hijos y el mayor solo tiene catorce años. Figúrese usted mi situación.

-Descuide señora, -dijo el oficial-, no es nuestra intención hacerle daño, ni a usted ni a nadie. Solo díganos, ¿estaba usted aquí la mañana en que murió el señor Somoza?

-Como no, señor. Soy la encargada de hacer la limpieza de las oficinas y preparar el café todas las mañanas-, dijo la señora más nerviosa todavía.

-¿Puede usted decirnos si el señor Somoza, tomó el café que usted preparó esa mañana?-, preguntó el oficial.

-Señor, -dijo la señora-, yo solo llevo los envases con el café o el té a las oficinas e inmediatamente salgo. Nunca sé si lo toman o dejan de tomarlo.

-Está bien, señora, -dijo el oficial-, pero, por lo menos, ¿no vio a alguien destapar el envase del café del señor Somoza después que usted lo llevó a la oficina?

-No señor. Le dije que no tengo acceso a las oficinas más que para limpiarlas y llevar el café. Siempre estoy en la cocina durante todo mi horario de trabajo-, dijo la señora muy atormentada.

-No hay problema, señora- No se atormente por eso, -dijo el oficial-. Estése tranquila. Sabemos que usted nada tiene que ver en esto. Estamos claros en eso, señora.

Si bien es cierto que los investigadores habían obtenido ciertas luces en sus investigaciones, no menos cierto es que todavía como que había cierto manto de incertidumbre y misterio acerca de quién podría ser el asesino. Porque, ¿cómo determinar si Alexis Morales pudo envenenarlo para heredar el puesto del señor Somoza en la empresa? Esa premisa podría dar pie a una investigación porque realmente podría ser. Pero, ¿cómo demostrarlo? La señora encargada de la limpieza no tenía acceso a las oficinas y no pudo ver si antes que llegara el señor Somoza, el señor Morales introdujo alguna sustancia en el envase de café que pudiera envenenar al difunto. Asimismo, aunque la señora del difunto no acostumbraba prepararle el café, el día que murió envenenado, fue ella quien lo hizo, según dijo su hijo, pero eso tampoco asegura apuntar hacia ella como posible asesina, porque estando ella levantada, ya que le prepararía el bulto de ropa a su hijo que se iría de fin de semana, lo más lógico era que mientras el señor Somoza se estuviera bañando, para agradarlo, preparara y endulzara el café para su esposo. Pero si de algo estaban convencidos los investigadores era que el

señor Somoza fue envenenado en su casa o en el trabajo. Una de dos. Ahí estaba la incógnita y también el asesino.

-Aló, señorita, hágame el favor de comunicarme con el capitán González-, dijeron del otro lado del auricular.

- ¿Quién le llama?-, dijo la recepcionista.

-Dígale que es José Somoza, por favor-, dijo la voz.

-Bien, ahora le paso, señor-, dijo la joven.

-Señor Somoza. ¿Cómo está usted?- Soy el capitán Hércules González, -dijo el oficial- y soy quien lleva las investigaciones del asesinato de su hermano y me interesa hablar algo con usted al respecto.

-Bien, ¿cómo está usted?, -dijo el señor Somoza.

-El señor Riviera me dijo que usted estaba interesado en hablar conmigo, ¿en qué podemos ayudarle?

-Gracias, señor Somoza-, dijo el oficial-, ¿podría usted invitarme a su casa o venir personalmente a mi oficina para que hablemos algo con respecto a la muerte de su hermano?

-Claro que sí, señor. Espéreme mañana en la

mañana, entre ocho y ocho treinta-, dijo el señor Somoza.

-Lo esperaré y de ante mano le doy las gracias por su comprensión-, dijo el oficial.

-A usted por su interés, oficial-, dijo Somoza.

Mientras esto acontecía Joaquín, hijo mayor del difunto y su madre, hacían los trámites para agilizar el cobro de la póliza de seguro por el fallecimiento de su deudo.

-Madre, es lamentable lo que le sucedió a mi padre, -dijo Joaquín, pero Dios es justo y sabe cómo hace sus cosas. Porque fíjese usted, como unos meses antes de suceder este fatal accidente, mi padre fue el agraciado de este seguro.

-Así es mi hijo, -dijo la madre-. Tú lo has dicho. Dios es muy grande y no desampara a sus hijos. Pero hay dineros que no son bien llegados en circunstancias como la nuestra. Preferiría no tener este seguro y que esta situación jamás se presentara. ¿De qué valen esos pesos si quien los trabajó no tiene vida para disfrutarlos? Además, tanto dinero a costa de su fallecimiento, ¿qué te parece, mi hijo?

-Eso fuera lo ideal, madre, -dijo Joaquín-, pero la realidad está dada y no podemos darle para atrás, ¿usted no cree?

-A propósito, mi hijo, -dijo la madre-, ¿qué tú crees que hay detrás de todo esto?

-Madre, -dijo Joaquín-, no quiero hacer conjeturas ni condenar a nadie, porque para eso esta la justicia terrenal y la justicia divina, pero yo siempre vi en Alexis un contrario de mi padre. Siempre le interesó ese puesto y usted sabe que mi padre confiaba mucho en los amigos.

-Sí, -dijo la Doña-, ese era uno de sus grandes defectos. La sinceridad con la gente. Pero debo decirte que no creo que ese muchacho diera para eso. Al menos, eso es lo que percibo. Pero cualquier cosa puede ser en esta vida.

-No sea confiada madre. Mire lo que le pasó a mi padre, por confiar en la gente-, dijo Joaquín.

-Bueno, los investigadores sabrán algún día quien lo hizo, y si no, el Todopoderoso que está en el Cielo, le cobrará a quien lo haya hecho. Andrés no merecía que le hicieran eso. Nunca hizo un mal a nadie y fíjate como terminó. Pero el peso de la ley debe caer sobre el asesino, aun sea yo misma. Que no te duela si ves que los investigadores demuestran que soy la asesina y me condenan. Andrés no merecía morir así, carajo...-, dijo entre sollozos.

-Pero bien, madre, -dijo Joaquín-, los momentos feos, tenemos que olvidarlos. ¿Qué te dijeron en cuanto a la póliza?

-Solo faltan las actas de nacimientos certificadas y legalizadas de los niños menores y que tú firmes unos documentos, para entregarnos la primera partida, correspondiente al 50% del total de la póliza-, dijo la madre.

-¿Y el otro 50% restante?-, preguntó muy interesado, Joaquín.

-Dentro de los tres meses siguientes, a partir de la fecha de entrega de la primera partida-, dijo la madre.

Como es natural en estos casos, los familiares de la persona fallecida, aunque nadie quiere cambiar su pariente por dinero, pero si existe la posibilidad de cobrar un buen seguro, nadie se resiste a esto, porque de cualquier manera, el dolor de su deudo seguirá en lo más profundo de su ser, si es que realmente lo quería.

-Buenos días, capitán González. Mucho gusto. Soy José Somoza-, dijo el hermano del difunto.

-El gusto es mío, señor Somoza, ¿cómo está usted?-, dijo el oficial.

- No tan bien, oficial, -dijo el señor Somoza-, ¿en qué puedo ayudarle?

-Gracias por venir, señor Somoza, -dijo el oficial-. Sí, tenía, o mejor dicho tengo interés de hablar con usted con respecto a la muerte de su hermano.

-Muerte no, señor. Diga asesinato-, dijo el señor Somoza.

-Pensamos igual, señor Somoza, -dijo el oficial-. Tiene usted razón. Su hermano fue vilmente asesinado y precisamente de eso quiero hablarle.

-A ver. Dígame-, dijo el señor Somoza.

-Fíjese, -dijo el oficial-, he interrogado a la esposa de su hermano y también a su hijo, y me gustaría saber su opinión acerca de ellos.

-Bien, oficial, -dijo el señor Somoza-, de mi cuñada debo decirle que siempre ha sido una mujer entregada a mi hermano y a sus hijos. Es una mujer buena.

-Eso me pareció, señor-, dijo el oficial.

-Puede asegurarlo, -dijo el señor Somoza-. Es una gran mujer y de entrada debo decirle, que se debe despejar toda duda, si existiere, en cuanto a que

ella tenga algo que ver en todo esto. No sería capaz, señor.

-Sí, -respondió el oficial-, uno con la experiencia que tiene en estos asuntos, de una vez determina cuando una persona es, o no capaz de hacer una cosa. ¿Y del hijo mayor, qué puede usted decirnos, señor Somoza?

-De Joaquín, -dijo el señor Somoza-, no puedo decirle lo mismo. Ese muchacho les dio muchos dolores de cabeza a mi hermano y a mi cuñada.

-¿En qué sentido, señor?-, dijo el oficial.

-Es un muchacho muy independiente, Aunque era muy buen estudiante hasta no hace mucho, y también era un excelente hijo, pero tiene un “grupito” de amigos..., después que ingresó a la universidad, que creo, hacen de todo con tal de obtener dinero para sus diversiones.

-Todos los jovenes se divierten, señor. Hay que entender esa edad-, dijo el oficial.

-Sí, pero no podemos perder de vista, que la diversión debe ser hasta un punto. ¿Usted no cree?, dijo el señor Somoza.

-Pero, ¿qué de malo ve usted en las diversiones de

ese joven y sus amigos?-, preguntó el oficial.

-Señor, -dijo Somoza-, inmediatamente un joven cae en el vicio de las drogas y no respeta a sus padres, hay que prestarle atención porque es capaz de cualquier cosa.

-¿Está usted seguro que ese joven hace eso?-, preguntó el oficial.

-Seguro, señor. Me duele mucho tener que decir eso de mi sobrino, pero es la verdad. Era el dolor de cabeza de mi hermano y mi cuñada y aunque no quiero que se ligue una cosa con otra, tampoco puedo pintarlo, o decir que es un santo. No es un santo-, dijo el señor Somoza.

-Gracias, señor Somoza. Creo que estamos llegando a donde queremos. Cualquier cosa se la haré saber. Debo volver a casa de Doña Yocasta. Tenga mi tarjeta y cualquier cosa, llámeme-, dijo el oficial.

-Gracias, capitán. Ahórrela. Tengo la que me dejó con el señor Riviera-, dijo.

-Excúseme, lo olvidé. Gracias por venir, señor Somoza-, dijo el oficial.

-Gracias a usted por tomarme en cuenta-. Terminó diciendo.

Este detalle obtenido del señor Somoza, acerca de que Joaquín, el hijo mayor del difunto, consumía drogas prohibidas, vino a enriquecer las investigaciones, debido a que hizo que los investigadores volvieran a casa de la señora del difunto que ya había sido descartada toda posibilidad de que allí estuviera el asesino. Pero este nuevo ingrediente, podría arrojar algún “rayito” de luz, aunque sea al final del complicado túnel en que se estaba convirtiendo el asesinato del señor Somoza.

-Buenos días, señora, -dijo el capitán Perdomo-, ¿cómo están por aquí, después de todo?

-Como puede ver, señor, -dijo la Doña-, estamos viviendo y sin reponernos aún de esta tragedia. Como usted sabe, el difunto y yo teníamos veinte y tantos años juntos y debe imaginarse la falta que debe hacernos-, dijo la Doña.

-Ya me imagino, señora-, dijo el oficial.

-Figúrese, veinte años conviviendo con una persona, no es tan fácil borrarlo de un día para otro, y más cuando esa persona es como lo era mi esposo-, dijo Doña Yocasta.

-Dígame algo, Doña Yocasta y excúseme,-dijo el oficial-. El día que murió su esposo, o más bien, el día en que fue asesinado, tengo entendido, porque

me lo dijeron en la oficina, que él no tomó el café que acostumbraba tomar cuando llegaba en la mañana, porque es posible que ya estuviera sintiéndose mal, por el efecto que le causaba el veneno que ingirió. ¿Sabe usted si él se paraba en alguna parte antes de llegar a su oficina?

-No señor. Que yo sepa, no-, dijo Doña Yocasta.

-Como usted debe recordar, -dijo el oficial-, él era quien hacía el café antes de tomar el baño en la mañana, ¿verdad?

-Así es, señor-, respondió Dona Yocasta.

-A menos que usted no estuviera levantada, me imagino, ¿verdad?-, dijo el oficial.

-Así es, señor-, respondió ella nuevamente.

-¿Se acuerda usted si él endulzo su café ese día?- preguntó el oficial.

-Debe ser, señor, porque precisamente, me acuerdo que en lo que él salía del baño, yo preparaba el bulto de nuestro hijo mayor que iba de fin de semana con unos amigos.

-Entonces, -dijo el capitán-, ¿está usted segura que no fue usted quien endulzo el café esa mañana? Acuérdesse bien, señora.

-Estoy segura, señor. No fui yo quien lo hizo-, respondió Dona Yocasta.

-Bien, señora. Por favor, dígale a su hijo que le esperamos mañana allá en el Departamento para hacerle unas cuantas preguntas al respecto-, dijo el capitán.

- Y ¿por qué tiene el que ir allá mañana, señor?-, preguntó la Doña.

-Fíjese señora, -dijo el capitán-, los nuevos métodos de la investigación moderna, indican que una persona no debe ser investigada dos veces sobre el mismo caso en un mismo lugar, porque esto podría bloquear en la fijación mental que pueda tener el investigado y como estamos reconstruyendo los hechos, queremos obtener de las personas que tuvieron los últimos contactos con el difunto, la mayor veracidad en las respuestas que den y es por eso que le queremos hacer las preguntas fuera de aquí. ¿Entiende usted, señora? Si lo desea, usted puede ir con él.

-No, mañana no puedo. Tengo cita con el cardiólogo. Pero no acabo de entender porque mi hijo tenga que ser investigado fuera de su casa, señor-dijo Doña Yocasta nuevamente.

-Ya le expliqué, señora el porqué-, dijo el oficial.

-Pero usted me investigó una vez aquí y hoy lo está haciendo de nuevo. ¿Qué hay en eso, por qué investigarlo a él fuera de aquí?-, dijo Dona Yocasta.

-No, señora. Lo que pasa es que la relación afectiva entre usted y el difunto, no es la misma que podía tener él como hijo. ¿Entiende usted, señora?- dijo el capitán.

-Debo repetirle sinceramente, señor, -dijo la Doña-, que esa parte no acabo de entenderla, pero de cualquier manera, él irá mañana. No hay problema, él irá...

Realmente, cuando el investigador se marchó, la señora pensó todo lo que podría estar pensando el capitán, menos un pensamiento. ¿Quién endulzó el café, esa mañana? Un pensamiento que ella jamás podría imaginárselo. Ignoraba muchas cosas de su hijo Joaquín, qué realmente estaba aconteciendo en el mundo juvenil que luego de ingresar a la universidad habían cambiado totalmente la mentalidad de su primogénito.

-Buenos días, señor-, dijo Joaquín.

Buenos días, ¿cómo estás?-, dijo cariñosamente el capitán.

-Muy bien, señor, -respondió Joaquín muy respetuosamente, sin ningún sentimiento de culpa.

-¿Y tu madre y los niños, como están?-, preguntó muy amablemente el oficial, (buscaba darle confianza al interrogado).

-Los dejé bien, señor. Solo que mi madre salió a chequearse con el cardiólogo-, respondió Joaquín.

-Que bueno que vinieras, -dijo el oficial-. Estuve en tu casa ayer y le hice unas cuantas preguntas a tu madre y le expliqué que era bueno que tú vinieras aquí para que tratáramos de reconstruir los hechos del día en que asesinaron a tu padre.

-Pero no fue un asesinato, señor-, dijo Joaquín aparentando inocencia.

-Sí Joaquín, -dijo el capitán-, cuando se le quita la vida a una persona, no importan los métodos utilizados, en la criminología se tipifican como crímenes, no importa cuáles sean los medios.

-¿Y no fue envenenado que murió mi padre?-, preguntó Joaquín.

-Claro-, dijo el oficial-, murió envenenado porque lo envenenaron. Acuérdate, que si hubiera sido él quien se hubiera envenenado, se tipificaría como

un suicidio y ya te expliqué porqué él no se suicidó.

-¡Ahhhhhh! Como usted sabe, yo no entiendo mucho de eso, señor-, dijo Joaquín.

-Eso veo. Pero ese no es el problema ahora Joaquín, -dijo el oficial-. Lo que quiero es que me ayudes a reconstruir las primeras horas de la mañana de ese día.

-Bien, bien, -dijo Joaquín-. Ya le dije una vez que yo me iba de fin semana precisamente ese día, ¿se acuerda?

-Perfectamente, me acuerdo-, dijo el capitán-. Pero dime algo, a ver si te acuerdas. Luego que tu padre hiciera los ejercicios y se fuera al baño, como siempre lo hacía, antes preparaba el café y lo ponía al fuego, ¿verdad?

- Ciertamente, señor. Así mismo era-, dijo Joaquín.

-Bien, que tú recuerdes. Has memoria. ¿Endulzó tu padre el café ese día?-, preguntó el oficial.

-Señor, no recuerdo bien esa parte, -dijo Joaquín-, solo me acuerdo perfectamente que mi madre fue a mi cuarto a arreglarme el bulto con que me iría de viaje con mis amigos.

-Joaquín, vamos a estar claros, -dijo el oficial-. Una de dos. O endulzaste el café tú o lo hizo tu madre. Ya te dije que tu padre no fue quien lo hizo, porque él no se suicidó. En eso estamos claros, ¿verdad?

-¿Y por qué está usted tan seguro que mi madre o yo endulzamos el café? ¿No pudo ser mi padre? Usted no estaba ahí, para saber las cosas como las afirma-, dijo Joaquín.

-Acuérdate, -dijo el oficial-, que la primera vez que te interrogué, dijiste que fue tu madre quien lo hizo, y ahora no te acuerdas. Déjame decirte una cosa, entre ustedes dos está el asesino.

-¿Cómo se atreve, señor? ¿Cómo se atreve? Además, ¿cómo prueba usted que yo le dije que fue mi madre quien endulzó el café? Nunca he dicho eso-, preguntó Joaquín.

-Me atrevo de la misma manera que ustedes se atrevieron a envenenar a tu padre. Además, sí puedo demostrar lo que dijiste. No me subestimes, muchacho. Ya te dije, entre ustedes dos, está el asesino-, dijo el capitán.

-¿Cómo?, -dijo Joaquín-, usted sabe que mi madre no daría para eso.

-Pues lo hiciste tú, entonces, ¿qué te parece?-, dijo el oficial

-En ningún momento le he dicho quien lo endulzó. Y quien lo hizo deberá pagar por su culpa-, dijo Joaquín, pretendiendo confundir al oficial.

-No hay problemas, entonces, pagará tu madre-, dijo el oficial.

-No puede ser oficial. No puede ser. ¿Qué se trae usted con esas insinuaciones? ¿No podría ser el señor Alexis Morales, que siempre estaba por sustituir a mi padre en su puesto? ¿Ha investigado usted a ese señor, acaso? ¿Cómo se atreve usted decirme esas cosas de mi madre?-, preguntaba Joaquín, con una simulada desesperación que muy bien advertía el oficial.

-No hay problemas, Joaquín, -dijo el oficial-. Ya se han hecho todas las investigaciones y experticios de lugar, y hemos determinado que el asesino está entre ustedes dos y lo que podemos hacer es someterlos a los dos a la justicia para que los condenen como lo que son: dos asesinos...

- El capitán decía esto como una manera de amedrentarlo, porque ya estaba sobreentendido que quien lo había envenenado era él, con la finalidad de cobrar la póliza de seguros que tenía su padre en la empresa.

-Señor, -dijo Joaquín-, lo que usted pretende es salir del caso. Ya parece que se cansó y quiere

tomarnos, como chivos expiatorios, ¿es eso, señor oficial? ¿Se cansó del caso, no? Haga su trabajo porque esto le podría salir muy caro, ¿entiende usted, gran capitán?

-¿Te parece así, Joaquín?-, dijo el oficial.\

-Me parece tanto oficial, que ya mi abogado está enterado de todo el caso y usted está entre los posibles cómplices de quien mató a mi padre, con tal de tomar partida con parte del dinero que saldrá en el seguro. Usted no se saldrá con la suya, ¿sabía usted eso, gran señor? ¿Qué cree usted, que es el Hércules Poirot de las novelas de Agatha Cristhie? ¿El que más sabe de investigación? Mire que se ha equivocado, señor.

-¡Fíjate que bien!, -dijo el capitán-, ¡Qué buena idea tienes! ¡Te oyes magnífico! ¡Cuánto has aprendido con tus amigos de la universidad!

-Sí, he aprendido lo que usted no va a aprender en todos los años que le quedan de vida como policía. ¿No ve que lo único que hace es ser un polizone de baja monta? Y muy malo por cierto, porque no sabe llevar una investigación, siquiera.

-Tienes mucha razón, muchacho, -dijo el capitán-, de la manera que tú has aprendido, jamás aprenderé. Jamás aprenderé a matar a mi padre, por

unos pesitos, y menos para consumirlos en droga, ¿entiendes?

-¡Cállese coño, buen idiota! Cállese-, dijo Joaquín.

-Sí, tienes razón, -dijo el capitán-, creo que soy más que eso. Les ofendes a los idiotas cuando los comparas conmigo. Pero lo que puedo asegurarte es que jamás seré un asesino, como los son tu madre y tú, ¿entendido?

-¡Basta, estúpido policía!. ¡Basta, con sus sandeces!-, dijo Joaquín.

-Tómalo con calma, ¿quieres?-, dijo el capitán-, debes comportarte un poco más decente con este estúpido policía, ¿no crees?

-Haga lo que quiera, bueno para nada. Policía de baja ralea-, dijo Joaquín.

-Nada ganarás con tus insultos. ¡Estás perdido, muchacho...!

-Perdido está usted, que nada entiende, Que no sabe más que hacer preguntas tontas-, dijo Joaquín.

-Para que te convenzas, Joaquín-, dijo el capitán-, Mira aquí, (mostrándole un pequeño grabador).

Aquí esta el primer interrogatorio que te hice. Si quieres óyelo, donde tú mismo dices, que fue tu madre quien endulzó el café, habiendo sido tú el que echó el veneno que mató a tu padre. Si te traje aquí, es porque ya la investigación arrojó que tú eres el criminal. Y ¿sabes una cosa, muchacho? No esperes que de aquí vayas para tu casa. Irás directamente para la cárcel. Tu madre vale mucho, solo la mencioné para hacerte creer, pero el asesino sabemos que eres tú, ¿entendido?

-Capitán... espere, espere..., -dijo Joaquín-, ¿no cree usted que podamos llegar a un acuerdo amigable y provechoso para ambos?-, dijo Joaquín.

-Depende... -, dijo el capitán.

-¿No ha pensado usted que son cinco millones que están en juego? ¿No sabe qué es a mí, como hijo mayor del difunto, a quien se lo van a entregar, por ley de progenitura? ¿Entiende usted, capitán?

-¿Y cuánto me aseguras para cambiar las investigaciones y culpar a tu madre del crimen?-, dijo el capitán para dar el golpe final.

-No. A mi madre no, capitán, -dijo Joaquín-, le aseguro el 50% de la póliza, pero debe involucrar, por ejemplo, al señor Alexis Morales por lo que le dije antes. El quiso siempre el puesto de mi padre y

podríamos utilizar ese ardid como coartada para que usted lo acuse y hundirlo en la cárcel, ¿qué le parece, capitán? Píenselo bien...

-No, -dijo el capitán-, no puedo hacer eso. Ya yo he informado a mis superiores que entre tú y tu madre estaba el asesino y ahora no puedo cambiar, de la noche a la mañana, el curso que se le ha dado al caso. Uno de ustedes, debe ser condenado por el crimen. Así es que ya sabes.... o tú, o tu madre.

-Bueno, siendo así, si acusamos a mi madre, solo le daré el 25% de la póliza. ¿Qué le parece?

-Es muy poco, muchacho-, dijo el capitán para sacar la última confesión.

- Que tal un 40%?-dijo Joaquín.

- Es muy poco, muchacho, -dijo el capitán-. Pero ya que quiero aceptar tu propuesta, debo hacerlo por algo que valga la pena. Para matar a tu padre, hiciste menos que lo que yo he hecho para arrancarte la confesión de que fuiste tú quien lo asesinó. Mientras tú solo echaste un poco de veneno en el café de tu padre, yo he permanecido muchas horas desenredando entuertos y reconstruyendo el caso, hasta dar contigo y hete ahí, en mis manos y agarrado por el brazo largo de la justicia. Si quieres, dame el 80% y hacemos el negocio, para que el otro 20% lo disfrutes con tus "amigotes", ¿OK?

-¿Qué sabe usted el tiempo que tomé en planear con mis amigos ese golpe? ¿Cómo cree usted, que después de haber asesinado a mi padre, para obtener el seguro, le voy a dar a usted tanto dinero, así por así-, dijo Joaquín, aceptando claramente que él había matado a su padre, porque antes, en todo el conversatorio no lo había aceptado como hasta ahora.

Se le olvidó, como asesino novato, que de la misma manera que el capitán había grabado el primer interrogatorio en su casa, también este podía ser grabado y filmado como de hecho sucedió, para ser presentado como elemento de prueba en los tribunales en contra del confeso asesino.

Joaquín Antonio Somoza Parra, fue condenado a treinta años por el asesinato de su padre. Para Doña Yocasta, fue otro golpe tan duro como la muerte de su esposo, porque ella, no comprendía, hasta que el capitán, con las pruebas obtenidas, le demostró, que el real asesino de su esposo, había sido su propio hijo.





*Cuarto Premio*  
**El Gotero Rojo**

**Pseudónimo:** Reina Maga

**Autora:** Johanna Díaz López

“Amáme o muere”, así inicias tu conjuro, resplandece el suelo de la habitación alfombrado de velones, liquidándose la cera, brillando cada llama mientras se refleja, todo parece arder bajo la luz sincronizada de ese fuego omnipresente, “ámame o muere” repites entrelazando dos cordones uno rojo y otro negro, los atas con siete nudos. En un rincón del reducido espacio que ocupas, se consume incienso en una lata mientras el humo nubla la estancia, se cierne un calor que abrasa, no hay ventilación, así que te desvistes toda quedándote con ese trapito rojo en las manos, el panty usado y manipulado para los fines del ritual, entonces danzas al ritmo de tu propia voz, te contorsionas, transpiras, sientes que te evaporas, que te reduces conforme corre el sudor por tu piel y te humedece el cabello. Para soportar mejor aquel asfixiante momento cierras los ojos que enrojecidos arden

con el humo y también porque quieres concentrarte, sigues tu movimiento mientras dices constantemente "ámame o muere" convencida, entregada al momento y ya finalmente poseída tu voz se eleva mientras se te escurre como lava entre los muslos la sangre pesada y ardiente, esta emana de tu ser tan furibunda como tú, a borbotones cayendo en el suelo en gruesas gotas, este momento lo aprovechas para detenerte y contener la mayor cantidad posible en un gotero, solo entonces has salido del trance que te enajenaba, pero vuelves a cerrar los párpados y prosigues con toda tu energía. Lo visualizas a él haciéndote el amor, a él que no te corresponde y tu lo sometes, lo dominas, en tu cama, en tu cuarto, para que te lleve al fin, lejos de esa miseria para siempre, entonces gritas hasta que las paredes no contienen el sonido gutural y descontrolado de tu voz desaforada, temes que te escuchen, pero ya no puedes detenerte, ignoras la fuerza que se apropió de ti, te despierta tu propio escándalo.

Incómoda y perpleja enciendes la luz, tu mirada vidriosa se pasea por la habitación, te levantas, abres la única ventana para controlar el calor y la humedad que te han distorsionado el sueño. Aquella pesadilla incipiente es el reflejo de una realidad recién ocurrida: la cera y el incienso impregnan el lugar, también se percibe el rastro del fuego en el olor a quemado, todavía humean en la lata las cenizas, en la mesita de noche te aguarda el gotero rojo por su contenido.

No transcurre mucho tiempo para que vuelvas a dormirte, amanece y sabes el afanoso día que te espera antes de que se celebre la dichosa boda de Italia, porque a tu mejor amiga se le ocurrió casarse, la atacó ese síndrome de los veintiocho que tú misma disimulas. ¿Qué más puedes hacer sino asistir al teatrillo ese? Irás elegante, irradiando belleza, brillarás vestida de turquesa, todo esto lo piensas mientras contemplas el vestido tendido encima de la cama, "si él no fuera tan hipócrita" comentas volviéndote nuevamente hacia el gotero justificando de antemano las atrocidades que harás esa noche y desconociendo aquellas que improvisarás. "Ámame o muere" vuelves a murmurar recordando que debes repetir estas palabras cada vez que llegan a tu pensamiento.

Qué incómodo es ser mujer, piensas esto porque la luna te influye y aqueja en ese momento, dejas correr el agua fría por tu cuerpo consciente de que inmediatamente salgas del baño sentirás calor, desenredar esa larga cabellera es una odisea; pero "quien quiere moños bonitos aguanta jalones", te vistes con una camiseta más estrujada que tu ánimo y sales a la calle antojadizamente mal vestida, a fin de cuentas, las cosas serán muy diferentes en la noche, "ámame o muere" repites constantemente hasta llegar al salón de belleza donde se te escurre el tiempo. Llega el incinerante ocaso y tomas un carro público, transpiras nuevamente y te perturba ese calor viscoso e imperativo

que te ordena bañarte “Esa boda debió ser la mía” esta vez pensaste en voz tan alta que todos los pasajeros te escucharon, te sorprendes de tu descontrol.

El carro se detiene donde termina el asfalto, debes proseguir a pie por la calle de tierra, el sol se tiende a tus espaldas mientras prevalece la llama ardiente del día de verano, de ese esperado sábado. Tres motoristas levantan la polvareda que se adhiere a tu cuerpo sudoroso, llegas finalmente a la pensión donde vives, subes las escaleras y ya en tu cuarto te sientes pequeña en ese espacio donde sustrajeron el abanico, la televisión y otra camita de plaza y media igual que la suya. ¡Qué sola estoy!” murmuras “Ámame o muere, que si no eres mío no serás de nadie” dices hastiada mientras nuevamente una fuerza de tu ser dirige una descarga hacia el exterior.

Terminas de bañarte y vestirte, has contemplado con satisfacción tu reflejo en el espejo que te pertenece, llamas un taxi con el último minuto del celular y te armas con el gotero destinado a hechizarlo. Él estará ahí a merced de tu mezquindad y de una creencia en algo que hasta tu mismo cuerpo desecha por inútil.

Llegas a la recepción y todos te saludan, ellos te rehuirían de saber que en ese brindis del que formas parte, viertes esas putrefactas gotas en cada copa y vaso que alcanzas y que tocan labios mas-

culinos, bebes con cada hombre que te atrae, incluso compartes un momento con el novio en cuyo vaso haces una entrega especial, rojo aquí y allá tantas veces como puedes, te excedes y bebes la noche entera: champagne del que Italia te reservó, whisky del que toma Juli, cerveza de la guardada para la reseña del día siguiente y continuas riéndote mientras un traspíe te rompe el tacón de la zapatilla, te descalzas, que siga la fiesta, estás vergonzosamente ebria, pero eres una VIP, por eso tomas lo que se te antoja, tragas hasta que arde tu garganta y cantas como si estuvieras en un karaoke por eso Juli te lleva aparte mientras vociferas "ámame o muere" con delirio, nuevamente frenética como en el ritual y ella no te comprende, ha llegado la hora de llevarte a casa anticipadamente porque ya no puedes estar entre la gente. Italia no ha visto nunca semejante borrachera, menos en ti que criticas a los beodos y que raramente bebes, ella siente un ligero pesar y tu estado casi te hace escupirle que la detestas por casarse con tu hombre, llevarse sus pertenencias de la habitación dejándote despojada y duplicando tus gastos ¡maldita sea!

Vuelves en taxi tal como fuiste, Juli te tira en la cama donde caes dormida ¿La pasaste bien? ¿Tanto crees que lograrás algo con ese espectáculo que armaste? Has imaginado que una fila de hombres tocará tu puerta deseándote, ¡qué irreal! sigue durmiendo y estarás soñando. El sol meri-

diano te despierta, el calor insoportable nuevamente se presenta, tú te levantas, te diriges al espejo aún vestida de azul desorientada por la soledad y la resaca, la sed te irrita y antes de poner el café escuchas unos toques ligeros en la puerta, te vuelves pensando en la rapidez del hechizo, “qué efectivo” te dices mientras alisas con tus manos el cabello desaliñado, ahora los toques se escuchan con más insistencia y acompañados de una voz melodiosamente masculina: “Buenos días” llama desde fuera y te aprestas para abrirle, contenta y orgullosa; “Buen día, mire sé que usted no me conoce porque anoche la traje una amiga suya un poco happy” dice medio burlón el hombre, “yo soy el taxista que la traje, es que se le quedó esto”, y te muestra el gotero que le arrebatas. Él te mira con deseos de no trabajar, de que lo invites a pasar. “¿Desea tomar un juguito, un poco de agua?” preguntas con un tono agradecido y él responde afirmativamente feliz de tu cochina cortesía para caer en la trampa de tu obsesión y apurar hasta el último sorbo tu sangre diluida en refresco rojo.

# Menciones de Honor



*Primera Mención*

# *Los ángeles también pintan*

Seudónimo: Pancho Villa

Autor: Juan Ramón Pueriet

De pie, empuñando el pincel a mitad de distancia entre su cuerpo y el lienzo, el pintor se quedó pensativo. Algo le molestaba sin saber precisar qué. No era el angelito que estaba pintando pues le estaba quedando muy bien. Pero había algo, algo....

Era una tarde tibia de los primeros días de invierno en una isla donde nunca nieva. Una suave brisa, impregnada de aroma de flores de "ilán ilán" penetraba por las persianas. El pintor trató de oír algo, pero nada, toda la casa y el amplio jardín alrededor, estaban en silencio. Era mejor así. Cuando pintaba, le molestaban los sonidos y olores fuertes por que le distraían de lo que observaba con los ojos, con la memoria o con la imaginación. Sonrió y

sus ojos buscaron las imágenes mirando a través de las persianas por donde había penetrado la brisa.

El cielo se había tornado gris y se había levantado una fresca brisa. Iba ha empezar a llover en cualquier momento. Sus ojos grandes y marrones adoptaron una expresión triste: pintaba un cuadro de luz y colores. Quería que tuviera la potencialidad de un niño en crecimiento, con tonalidades sutiles como las de un rayo de sol mañanero atravesando una gota de rocío en el primer pétalo de un capullo de rosas rojas. Ahora, al próximo anochecer se sumaba el mal tiempo. "Mañana será otro día", pensó. Y empezó a lavar los pinceles y ha organizar todo para seguir al día siguiente.

En el lienzo, en la imagen de un niño de dos a tres años, los ojos parecían observarlo. Hasta le pareció que parpadeaban pero lo atribuyó al cansancio y al efecto que más de medio siglo habían producido en sus propios ojos. Al tomar a un niño por modelo había pensado que sería fácil captar las sutilezas de cada tamaño y forma y con el toque del artista testimoniar la lozanía de la piel y la ternura de una expresión inocente pero aunque en cada trazo había guiado el pincel con toda la sabiduría adquirida en un largo ejercicio reforzado con el estudio de los maestros clásicos, el santito, a pesar de lo her-

moso, siempre le quedaba con un acercamiento de las cejas y las comisuras labiales que le daban una expresión de compasivo disgusto.

El pintor era blanco, alto y delgado. Sobre la frente el pelo empezaba a escasear. Las hebras blancas competían con las negras en número. Su esposa insistía en que se tiñese “Por lo menos el bigote”, le rogaba ella. Pero consideraba que era una frivolidad en un hombre que ya había casado a todos sus hijos y al cual las mayores alegrías se las proporcionaban el nacimiento y crecimiento de los nietos. Desde que se casó su hija, vivía con la única compañía de su esposa. Pero la más pequeña de sus nietas, la más grande de sus sueños, estaba en una clínica por una neumonía. Con ella estaba su madre, la única hija del pintor. Por eso, la esposa había ido a cuidar al yerno y a los nietos restantes.

Como hombre de bien, tenía la conciencia tranquila. Más allá de los prejuicios de su tiempo y clase social, siempre había tratado a todos con honradez: de modo que creía tener las cuentas claras con Dios; y por lo tanto, se consideraba seguro beneficiario de la caridad del creador. Y como había conseguido una situación económica adecuada para su familia, confiaba en que los médicos de la famosa clínica en que se encontraba su nieta la sacarían con bien. Con tales pen-

samientos, en la fría humedad de una noche invernal, bajo una gruesa frazada, se durmió rápidamente y no despertó en toda la noche.

Se levantó tarde. Tras cepillarse y lavarse la cara, cumplió el ritual de colar café, y mientras el ruido y el aroma anunciaban que subía en la greca, darse un baño para finalmente tomarse la pastilla de la presión con el primer trago. Y trago a trago, disfrutando el aroma igual que el sabor, empezó a retomar en la mente el cuadro que pintaba. Con el calor de la taza entre ambas manos, el alma se le fue alegrando.

Cuando supo que la nieta de tres años estaba interna no pudo dormir y se entretuvo mirándola en fotografías. Y ahí mismo, con una tenue percepción de la mortalidad cruzando por su mente como una nube de verano, le nació la idea de pintarla de cuerpo entero. Después, al saber que estaba fuera de peligro, se le había ocurrido terminarlo antes de que le dieran de alta para llevárselo de regalo en la primera visita. Fue entonces que algo empezó a molestarle. Era como si faltase algo. Pero no sabía precisar qué. De repente, como si se encendiese una bombilla eléctrica en la oscuridad, le llegó la inspiración de agregarle alas, alas blancas como las de una paloma. Y fue así como apareció el angelito.

Con la mañana dulcificada por el recuerdo de la nieta, se dirigió a la pintura. Desde antes de que estuviese al alcance de la vista ya la veía, porque aquella imagen la tenía gravada con la química intangible con que se fijan los sentimientos en el alma. Precisamente por eso, le impactó tanto el cambio, achicándole el ánimo como una pelota que se desinfla. Al ver el cuadro que había dejado por la noche, pensó que lo fulminaba un infarto cardíaco o le caía un rayo o sufría una intoxicación por algún veneno en el café. No podía ser. No era posible lo que estaba viendo.

Con el trazo inconfundible de sus pinceladas, en el cuadro había un angelito negro cuyo rostro no tenía ningún parecido con la blanca carita de la nieta. Era el mismo lienzo, el mismo fondo, la misma idea. Solo que en vez del angelito blanco que él había pintado aparecía un angelito negro.

Nunca había pintado ningún negro. El pintaba para una blanca clientela de gusto condicionado por pinturas llegadas de toda Europa, especialmente de España e Italia. Eran pinturas donde Jesucristo y los apóstoles, todos los santos y todos los profetas eran blancos. El único negro era el demonio bajo los pies de un triunfante San Miguel Blanco. En una ocasión había pintado un ángel blanco encargado por una hermosa joven morena y al saber que ella

pensaba fotografiar a su hijo junto al ángel deshizo el trato y se negó a entregarle el cuadro.

Si el cuadro del ángel negro lo hubiese pintado él, sería igual que como era y todo estaría como estaba. Pero no, sencillamente no. Alguien había penetrado a la casa mientras dormía y había cambiado un cuadro por otro, porque definitivamente era otro, otro ángel: el suyo era blanco y este era negro. Es más, ese negrito que aparecía en el cuadro con alas ni siquiera podía, ser un ángel por más angelical que luciese su cara de líneas redondeadas y labios carnosos.

Recorrió todas las habitaciones y pasillos de la amplia casa de concreto. Revisó puertas y ventanas sin encontrar nada anormal. Como al acostarse, estaba solo. Volvió al cuadro; y armándose de pinceles y colores se dedicó a blanquear al ángel negro y sustituirle el rostro por el de su blanca nietecita.

Al final de un duro día de trabajo, el cuadro estaba terminado. El ángel blanco, con el rostro de su nieta, estaba listo para testimoniarle su amor cuando ella regresara de la clínica. Lo único malo fue que en la mañana siguiente en vez de su ángel blanco de nuevo estaba el ángel negro.

Todo se repitió. Así al final de tres días de pintura y

pinceles, el pintor pudo contemplar la tercera versión del ángel blanco. Pero esta vez tomó algunas precauciones. Por ejemplo: antes de acostarse registró bien la casa y reforzó la seguridad de puertas y ventanas y durmió en la habitación donde pintaba.

Con una almohada sobre el piso, y escondido tras cajas y cuanto le pareció conveniente, se propuso amanecer con la vista sobre su ángel blanco. Pero ya era viejo y como estaba cansado y enfermo, el sueño lo venció.

Soñó que una blanca fuente de luz flotaba en la habitación iluminando apenas lo suficiente para que se pudiera ver el lienzo completamente en blanco. La angustia en el sueño lo hizo despertar. Y buscó con la mirada el cuadro; y entonces lo vio: fosforescente como una estrella en el cielo, el ángel blanco, con el rostro de su nieta, salía del cuadro y tomando colores y pinceles pintaba un angelito negro con el rostro del hijo de la morena.

*Segunda Mención*

*Carlixto*

**Pseudónimo:** Dédalos

**Autor:** Carlos J. Núñez

Mi madre, criada en el seno de una familia totalitarista y matriarcal, ya que abuelo siempre trabajaba y vivía borracho, fue salomónica en la elección del nombre, que todavía a estas horas me sigue pesando, por no decir la preocupación que me da el recordarlo y el ¿qué sería sí?...., y bien que eligió por nombre: Raúl así sin más, sin preguntar a nadie, como el peso de las culpas que debería cargar, como primer nieto y varón por sobre todo, además de que después de mi tío, la próxima víctima sería el primer varón que naciera. Pero papi, gracias a no sé qué séptimo cielo, fue más sagaz y como un acto de furia y de venganza perpetua, me llamó por sus dos nombres: Carlixto Joel, y así consta en el registro civil del sótano, con nombre de tercera planta.

Y la celebración fue perpetua mientras duró; cada vez que intentaba caminar por el camino pactado con sangre y noches de meadas interminables y malos hábitos alimenticios que aún conservo, caía en un sin fin de reproches y que tu no levantas las patotas que heredaste de ese mal nacido; y siempre fue así, desde antes de aprender a caminar comencé a correr, como adelantándome a esta vida de correrderas que llevo, aún aquí, sentado, escribiendo estas temerarias líneas biográficas, apaciguado por las siete tazas de café que tomo antes de comer cualquier otra cosa.

Y bien, que mi madre, bendita entre todas las mujeres del barrio (de la ciudad no, porque no he llegado a conocer a nadie), fue la mujer con aire pitoniso que siempre andaba buscando la razón de propinarme la siguiente golpiza; puños de mujer que pesaba en aquel entonces casi doscientas libras, ásperos de tanto lavar y mapear y recoger las mierdas de los otros, que silábicamente manifestaba su acento de amor a raja tablas, aunque eran mis costillas y huesos los que se rajaban. -Y te llamarás Raúl, quien cuidará y soportará la carga de esa, tu familia, las sanguijuelas...- había repetido el sueño como las malas comidas, siempre los mismo sabores, aunque eran las imágenes de mi vida, podridas y salobres que no dejan escapar ningún resquicio en la boca toda magullada, de

malas palabras, de hipócritas insultos, de metafísica barata de los sacerdotes en los que no creía; porque esa era mi vida, creer en las cosas en las que ya nadie cree, sobre todo dejar de ser muchacho cuando apenas los pantalones llegaban medio centímetro más abajo de las rodillas.

Recuerdo que entonces, pasado los quince, conocí a Eva. La que siempre traficaba nicotina en su cartera: dos mentolados con medio cenicero atiborrado de labiales y lapicero y una foto de su gata después de haber dado a luz quince gatitos de lo más chulos, según sus palabras. Mejores amigos, mejores experiencias, el experimentalismo, mano, pronunciaba su boca mal pintada, mal besada alegremente, entre las confesiones de que a su mari-macho no se le ponía duro, y pronto acabamos, así, con la prisa de volvernos a ver; aunque ya han pasado unos cuanto años que me han ido pesando un poco mas después de cada cumpleaños, aunque estos ya no los celebro.

Y papá siempre me llamaba su adoración, su esperanza, no sé bajo qué aires; siempre anduvo soñando y espantando el vaho de su aliento siempre mañanero, alimentado por una taza de café alcoholizado, a la que decidimos obviar durante el peregrinaje desgarrado al refugio del baño a agua fría y cantada en amargues de canciones pasadas de moda.

Me ardían los ojos, como el infierno mal acostumbrado a la presencia humana (si de algo sirve clasificarme como especie en los procesos de extinción); mamá me ha regañado otra vez, la misma tontería de siempre, pretende creerse que su hijo es un delincuencillo que anda subiéndole las faldas a todas las niñas del vecindario en plena menarquia. Pero lo sabe, ese gusano malicioso se le mueve en las entrañas, y aún no ha decidido aceptar mi soberana independencia de las faldas maternas, peñascos de obstrucción a la vista y la cosmovisión de luces soleadas.

Mañana habré de huir con lo poco que pueda llevar; sé que mamá me odiará con todo lo que le queda en su corazón, pero sería irremediable no hacerlo, su culpa me perseguirá por siempre y ante todos seré el hijo de nadie, así como lo fue papá, siempre escondiéndose de la vista inquisidora del qué dirán; su astuta repugnancia que había escondido por tantos años y que al fin decidió vomitar sobre su hijito, llorón y cagón, que no pasaba bocado sin que las falderas maquinaciones de una madre especulativamente maliciosa, le abofeteara las mejillas, con el desdén y el cariño de una perra todavía en celo.

No había orgullo, todo era un vacío de existencia (como pobre y alumno mediocre viviendo las fan-

tasías de masturbarse cada vez y momento en que su vecina siempre le pagaba su desaliño con la indiferencia de una mujercita demasiado desarrollada para su edad). Su única verdad era el diario atiborrado de mensajes obscenos y dibujos procazes, era el bicho que amigos de juerga y drogas pisaban para divertirse, o que quemaban sin saber hacia donde correría, porque era un espanto saberse acorralado o al menos eso parecía decir cada vez que hablaba de su madre.

Pero había que exorcizar la crisálida en donde el mundo me condenaba a vivir; a los trece había celebrado el ritual absurdo de matar un gato y no poder beber su sangre ya que no creía en Dios ni en el demonio, aparte de la repugnancia que me daba comprobar que todas las sangres y venas de cualquier animal tenían un parecido con las mías. Mamá sospechaba de todos mis desmedros y psicosis, las vecinas me habían pillado tras la caza del gato mestizo de doña Pucha, la bruja que leía la taza a todo el vecindario, aunque nunca tuvo el coraje, o el suficiente alcohol en la sangre como para romper su silencio y subir a bajarme de mi habitación a golpes de puño y patadas.

Siempre era lo mismo, la golpiza a tumbos y garbanzos de palabras entrecortadas y balbuceadas (sin saber que clase de obscenidades había apren-

dido), echando la culpa del maldito que la utilizó para condenarla a la dispersión y mirilla de todos, y salvarse el mugriento pellejo de gallina sin gallo, con el moquillo hasta los huesos. Pagándola con lo poco que había dejado y que sus puños no habían podido quebrar por completo.

La noche llegaba epilépticamente, pocos cucos (animalito curioso y con el trasero encendido, que se dedicaba a encaminar a las ánimas) alumbraban sobre la cabecera de la mata apostada en frente de la casa. Quién o qué me habrá de esperar más allá de estas miserables paredes, quién protegerá a mamá de no golpearse con las paredes o cortarse con los vasos atiborrados de labial rojo 56, su preferido, estrellados en el brazo del sofá...

enero 18...

Mama, hoy me esperan para hacer de mí otra cosa, pronto te daré la sorpresa; estoy entusiasmada. Me quedaré con tu nombre de soltera para recordarte siempre, aunque sé que me odias con los pocos bríos de mujer cabrona y madama, que nadie pisa y sobre todo por que ya no te recordaré a papá.

Espero verte pronto.

Gisela

*Tercera Mención*

## *Marinda*

**Pseudónimo:** Gótica

**Autora:** Bony Esther Suriel García

Solo a ella se le ocurría coger para La Ciénaga a pie, sola, bajo la lluvia y a deshoras de la noche, una mujer preñada, y con más de ocho meses de barriga; pero como la condenada nació supersticiosa, empecinada, con complejo y delirio de persecución y para colmo celosa como una gata y después de que el marido la dejó, con cuatro muchachos, una barriga, deudas y limitaciones múltiples, Marinda le juró a Dios que quería averiguar si Pedroso, ese guanajo de porquería, mujeriego, alcohólico y baboso le pegaba los cuernos con alguna biscochona del pedazo.

Volver pá atrás, luego de haber llegao a este cruce hunn!!!, yo llego donde La Metreza hoy como que me llamo Marinda Casiana Cedeno, e verdad que

esa pendeja me ha quitao lo que tengo y lo que no, dándome baños y montándome trabajos desde que me metí con el Pedrolo, tan malo que me salió ese hijo e' ...., claro, la pendeja criando muchacho, lavando ropa y cocinando, teniendo que hacer oficios por paga en casa ajena pa' poder comer y resolver líos y Don Pedro de Jesús Candelario, dándose gusto quien sabe con qué vagabunda y pa' colmo dique a dejarme,,,,qué pendejo!!!

Y así iba la pobre mujer, rumiando su situación, mientras por ese camino, incierto, oscuro e inseguro, trataba de llegar como fuera donde La Metreza. Nunca he creído en esas cosas y dicen que lo malo existe. Mi Mamá, que en paz descansase, fue muy amiga de Doña Lula, nombre de pila de La Metreza, vieja fea esa, siempre con un turbante y una bata de ramos, se pasaba horas en mi casa y Mamá ponía el café desde antes de que llegara, porque esa taza había que leérsela diario a mi mamá. ¡Pobre vieja!, se murió y nunca estuvo ni con Dios ni con el diablo, porque quería vivir metía en la Iglesia y con doña Lula todos los días en el rancho. La comadre Lula tiene una luz, decía Mamá, ah!!! porque también eran comadres, Rosina, La China, como le decimos a mi hermana mayor, era ahijada de la jodía vieja dizque porque le echó agua cuando nació, entonces la madrina de bautismo de La China era la encargada de los catequistas de la parroquia, vea que lío, Dios y el

diablo. Pobre Mamá, que Dios la tenga en su gloria, haciéndole morcilla al diablo.

El embarazo de Marinda, el quinto y último muchacho que le paría a Pedrolo según ella, no había sido menos difícil que los demás, siempre le dije que no tuviera tantos muchachos con ese rastrero, eran tiempos difíciles, muchas bocas que mantener y pocos recursos. Mi amiga apenas cumplía los treinta y cinco años y parecía de cincuenta...estaba acaba la pobrecita. Habíamos sido amigas desde la infancia, echamos los dientes en los cafetales y desde las travesuras en medio del conuco, jugando a las escondidas, hasta mis amores con Renso el de Tiningo, fuimos inseparables; ella me quería como su hermana y yo como si la hubiera parido. No sé por qué no la acompañe a ese sitio, cuanto lo lamento, pero no creo en esas cosas.

Después de las once, más allá del cruce, Marinda ya no distinguía entre matas o personas, era guapa, siempre lo fue, pero en esta ocasión sus ocho meses y medio de barriga, un camino peligroso, oscuro, siniestro habían provocado cierto temor en la pobre mujer. Virgen Santísima ayúdame a llegar, no aguanto los pies, se me revienta la espalda, ese hijo de la..., mi madre que le echaré una vaina que no volverá a ser gente jamás y la sucia que me lo esta quitando va a saber quien es

Marinda. Todo lo pensaba y hablaba en el trayecto a la Ciénaga, pero era difícil mantener el paso con tanto malestar y unos dolorcitos que cruzaban de adelante hacia atrás no permitían pensar libremente, pero la rabia podía más que cualquier síntoma en Marinda, cuando esa mujer se le cruzaban los apellidos no había forma de detenerla, pobre Marinda, pobre mujer, cuántos trabajos ha pasado la desdichada.

Virgen santísima ayúdame a llegar, qué penumbra, esto está más oscuro que la boca de un lobo, ay! que dolorcito carajo! no será que este muchacho quiere salir antes de tiempo, ay carajo!!! no hay un alma por aquí, cuánta falta me hace Consuelo, porque sería que no me acompañó. Falta poco, cuando llegue le diré a la Metreza de estos malestares, de seguro esa, que sabe de todo, sabrá qué hacer. Virgen santísima no aguanto esta espalda, siento que se me abre en dos y los dolorcitos como cuchillitos de atrás pa' lante y con las patas hinchadas, a Dios que reparta suerte.

Luego de mucho caminar por el sendero de la Cienaga, ah! Qué valor tenía esa mujer, gracias al cielo, a unos cuantos metros se divisaba aquella casita, pequeña, envuelta entre la oscuridad, la penumbra y esa noche más oscura que todas, más tenebrosa que todas, no era la casa de la metreza,

esa vivía mucho más lejos de ahí, pero ante tanta incomodidad, era necesario parar en algún lado. Llego aunque sea arrastrándome, pensaba Marinda, tengo que coger aliento, sentarme, no puedo más, pensaba.

Al llegar frente a la casita, toda en tablas de palma, pintadita de azul, con bordes en ventanas y puerta de color rosado, casita sacada de pensamientos y sueños de campo, ubicada debajo de árboles que en aquella noche tan oscura parecían más grandes que los normales; toc, toc, toc, con más miedo que vergüenza tocó aquella puerta, en ese momento la puerta del cielo. Por las brechas se podía ver una luz singular, luz donada por lámparas humeadoras, y un olor a cigarro. Luego de unos minutos se abre la puerta, con voz temblorosa una figura jorobada, oscura, con olor a tabaco o cachimbo pregunta: ¿Diga hija?, necesito parar un ratito, estoy cansada y adolorida, pase hija, pase, Cornelia!, Cornelia!, Diga viejo, contesta una voz, venga pa' ca hija. De atrás de una cortina con estampado de flores, sale una mujer robusta, de piel amarillosa, textura de mulata pero de piel clara, diga viejo, hija atiende la mujer que se está pariendo, no, es solo un dolorcito, no bien termina la frase, cuando Marinda siente como si sus caderas se quebraran, ay mi madre me estoy pariendo; venga mujer, venga, recuéstese aquí, respire profundo, respire.

Pasaron algunos minutos y los malestares de Marinda, sus dolores de parto cesaron, falsa alarma, a Dios las gracias. ¿Qué la trae por estos pedazos doña? pregunta Cornelia, Ay hija! si supiera, el dolor de una mujer puede más que una noche tan oscura como esta, todo tiene que ver con mi marido, piensa que dejarme, con cuatro muchachos casi cinco, le será fácil, después de haber dedicado mis mejores años, soportando hambre, engaños y mañas de hombre, él me ha engañado con vagabundas, yo soportaba porque terminaban siendo mujeres que tenía por un tiempo y luego dejaba, pero ahora no, ahora siento que lo pierdo, se fue una noche y no volvió, parece que la de ahora lo amarró y siento que ahora si es verdad que se me fue. Esta noche, esta noche solo quiero jugar una última carta. Las palabras de Marinda conmovieron el corazón de Cornelia, quien transmitía paz y confianza, mi pobre amiga se abrió ante esa persona que en medio de aquella noche Dios había puesto en su camino. Tiene usted marido Cornelia? preguntó Marinda, tuve a mi lado el hombre más bueno del mundo, me dio dos hijos, pero así como dicen que lo bueno dura poco, Dios se lo llevó a su lado, una enfermedad de largos meses lo apartó de mi lado, he pasado muchos años de soledad, criando a mis hijos, trabajando para mantenerlos a ellos y a mi padre, gracias a Dios, después de mucho tiempo de soledad, conocí a un

hombre valioso, él ha sido para mí como un segundo regalo del Señor, una compañía a mi soledad. Ojalá Dios fuera tan generoso conmigo, susurró Marinda, mientras afuera, en el frente de esa casita, bonita, de campo, detrás de esa puerta que para ella era la del cielo, se oyó una voz singular, una voz penetrante y aguda, un llamado, Cornelia! Cornelia! Ábrame mujer que ya llegué y con un gesto de alivio, de esperanza, de mujer enamorada, se levantó Cornelia, abrió la puerta del cielo y a través de ella un cuerpo y un rostro eterno, cotidiano, familiar. Qué bueno que llegó Pedrolo, hoy tenemos visita, venga y se la presento.

Pedrolo enmudeció, sus ojos quedaron cuadrados, perdidos mientras el rostro de Marinda palidecía y su mirada se perdía en el infinito, su alma se enfrió y un nudo en la garganta la mantuvo en silencio. Pobre Marinda...

*Mención Especial*  
**Descubriendo el  
Norte**

**Pseudónimo:** La Española

**Autora:** Massiel Indiana Zapata Caba

El sol todavía calentaba la espumosa marea del puerto.

Un joven observaba desde cierta distancia el trabajo y el movimiento que tenía lugar en los barcos. Se rascó la cabeza como si estuviera deliberando acerca de algo. Dio varios pasos hacia el frente, y se detuvo nuevamente.

Un hombre corpulento de alrededor de cincuenta años, que lo había estado observando, se le acercó.

- ¿Deseas irte con nosotros? -Le preguntó.

El muchacho asintió.

- Pero no estás seguro -Afirmó el hombre.

El muchacho negó con la cabeza.

- Ya estamos completos - le dijo-. No necesitamos a nadie más.

- Manos nunca sobran en alta mar, señor. Mucho menos en esta situación -dijo el muchacho.

- Somos noventa hombres. Estoy bastante seguro de que no harán falta manos - Insistió el señor.

- Voy dispuesto a trabajar en lo que sea. No tengo mucha experiencia, pero aprendo rápido.

- ¿No tienes experiencia? ¿Crees que sería útil tener a alguien sin experiencia en este viaje?

- Sí -respondió rápidamente el muchacho-. Porque los que no tenemos mucha experiencia somos los que estamos más dispuestos a trabajar. Y si hay algo que necesitara, señor, será hombres dispuestos a trabajar.

El hombre sonrió ligeramente.

- Creo que ya estás seguro entonces -dijo tendién-

dole la mano-. Martín Alonso Yáñez Pinzón.

- Juan Rodríguez Bermejo Betancour -dijo tomándola, sonriendo también. Sabía con quien estaba hablando desde antes de que se presentase.

- Irás en calidad de grumete, Juan Rodríguez.

- A sus órdenes, capitán. Me llaman Rodrigo, si no os molesta.

- Muy bien, Rodrigo ¿De dónde eres?

- De aquí, mi capitán. He vivido toda mi vida en el barrio de Triana, donde nací.

- Pues, Rodrigo de Triana, bienvenido a bordo de La Pinta.

Era el jueves 2 de agosto de 1492. El puerto del pueblo de Palos se encontraba en plena excitación, con más movimiento que de costumbre, lo que ya era de por sí decir mucho. Se hacían los últimos arreglos para que los barcos estuvieran listos para iniciar el viaje marítimo que se convertiría en el más recordado de la historia.

Durante los últimos tres meses, la pequeña villa de Palos había vivido en completa alteración. Rodrigo recordaba vívidamente aquella mañana de mayo cuando se había leído la orden real: Se requería

que el pueblo de Palos armara dos carabelas y que sus hombres fueran como tripulantes adonde sus Altezas enviaban a Cristóbal Colón. En ese momento Rodrigo se había reído para sus adentros. Los Reyes no se esforzaron en ocultar que todo ello era un castigo a la Villa por continuar los prohibidos viajes de comercio con Guinea. Además ¿Quién era ese tal Cristóbal Colón? Un extranjero de quien nadie sabía nada. Había que estar loco para embarcarse por una ruta desconocida con un perfecto extraño, cuya experiencia y habilidad nadie conocía. Sin embargo, cuando escuchó que los mismísimos hermanos Pinzón se habían unido a la aventura, financiando incluso parte de ella, comenzó a considerar la posibilidad de participar en el viaje. Sin lugar a dudas, si los hermanos Pinzón, los mejores marineros de Palos -lo que los convertía en los mejores marineros de toda España, puesto que no había mejores hombres de mar que los Palermos-, se habían interesado en el viaje, no podía tratarse de una locura sin sentido como hasta entonces había creído. Así que, a último minuto, se decidió a embarcarse.

A su madre casi le había dado un ataque de histeria cuando lo escuchó. Había comenzado a llorar y a suplicarle que no desperdiciara su vida así, que lo único que iba a encontrar en ese viaje temerario era la desilusión y la muerte. Rodrigo la vio tan desesperada, que comenzó a vacilar.

- Déjalo, Sereni -había intervenido su padre, sentado frente a su torno de alfarero-. Tú sabes que al muchacho siempre le ha interesado la navegación. Además, admira a los marineros Pinzón. Esta es su oportunidad.

Vicente Bermejo era un hombre de pocas palabras, pero que siempre decía las apropiadas. Tenía un corazón noble y tierno, pero valiente como un león. Musulmán convertido al cristianismo, continuaba haciendo negocios con los judíos a pesar de que ello estaba prohibido.

- Son seres humanos que están pasando por grandes necesidades. No puedo cerrar los ojos ante semejante crueldad -Había dicho.

Pero durante los últimos días, la familia Bermejo había estado teniendo problemas con las autoridades a causa de ello. Vicente se alegraba de que su hijo se fuera, así estaría fuera de peligro.

Cuando Rodrigo escuchó las palabras de su padre, se tranquilizó. Sabía que si su padre estaba de acuerdo con su viaje, podía irse tranquilo. Él se encargaría de calmar a su madre.

No había tiempo para despedidas, así que le había dado un beso a su madre, quien se colgó de su cuello llorando; y abrazó a su padre, quien le

entregó una pequeña figura de arcilla. Era una brújula.

- Puedes viajar por el mundo entero, pero si tienes un Norte, nunca te perderás -Le había dicho.

Rodrigo conocía demasiado bien a su padre como para saber que no se refería simplemente a “perderse” en sentido geográfico. Miró sus profundos ojos negros y sintió deseos de llorar. Lo abrazó por última vez.

De pie en la toldilla de La Pinta, con la brújula de arcilla entre sus manos, Rodrigo revivía los últimos minutos de la despedida de sus padres, mientras caía la noche ese 6 de agosto de 1492. Ya hacía tres días que habían zarpado. Todos los músculos de su cuerpo le dolían debido a las agotadoras horas de trabajo, pero se sentía satisfecho. Según los cálculos del Almirante, habían recorrido cerca de noventa leguas, de las setecientas que los separaban de las Indias, a donde se dirigían. El viento les era favorable y hacía buen tiempo. El viaje se pintaba prometedor.

Sin embargo, los problemas se iniciaron al día siguiente. Apenas había amanecido cuando hubo gran alboroto en la calavera. El timón se había desencajado, y lo peor era que los ánimos de los

marineros estaban caldeados, pues se acusaba de ser culpables de ello a Gómez Rascón y a Cristóbal Quintero, arrendadores tanto de La Pinta como de La Niña ya que habían ido en aquel viaje de mala voluntad. Martín Pinzón, como capitán, se dirigió a la tripulación desde el castillo de proa:

- Conservad la calma, valientes marinos -dijo con voz fuerte-. Lo que necesitamos no es determinar quién es el culpable de este accidente, sino repararlo para continuar nuestro viaje. Así que os pido serenidad y toda la ayuda que podáis brindar para salir de este pequeño apuro.

“¿Pequeño apuro?” pensó Rodrigo. A él le parecía que era lo más cercano a una hecatombe que podía ocurrirles. Ni siquiera tenía idea de si se encontraban cerca de tierra.

- La isla de Gran Canaria no ha de estar remota -dijo una voz, como si leyera sus pensamientos.

Rodrigo se dio la vuelta y vio que quien le hablaba era Francisco Yáñez Pinzón, maestre de La Pinta, y por lo tanto, su superior inmediato. Rodrigo se limitó a sonreír levemente, un poco turbado.

- Ahora veamos si se puede adobar de alguna forma ese timón -siguió guiñándole un ojo.

No fue hasta dos días después que pudieron encaminarse en dirección a Gran Canaria, donde se quedaron. Tras varias semanas en las cuales las tripulaciones de las tres embarcaciones trabajaron sin descanso, por fin La Pinta estuvo lista.

Durante ese tiempo, Rodrigo tuvo la oportunidad de entablar conversación con Vicente, el menor de los hermanos Pinzón y capitán de La Niña, quien era prácticamente de su misma edad.

El viaje se reanudó y la tripulación en general estaba contenta y animada, pues contaban con los vientos alisios a su favor, los cuales los hacían avanzar con mayor velocidad.

Sin embargo, los días transcurrían y no había señal de tierra. Los ánimos de los marineros, que habían comenzado a decaer hacia unas semanas, ahora se encontraban alterados e irritables.

- Con vuestra venia, mi capitán, quisiera deciros algo -le dijo Rodrigo esa noche a Martín, aprovechando que éste se encontraba solo en su cámara.

- Sí, dime, Rodrigo.

- Hay disgusto entre los marinos, mi capitán. Dicen

que, perdonadme, pues lo dicen ellos no yo; dicen que ni usted ni el Almirante saben a dónde se dirigen y que estamos perdidos.

Martín lo miro un rato en silencio.

- ¿Y tú? ¿Qué piensas? - Le preguntó.

— No creo que vos estéis perdido, mi capitán -dijo muy serio-. Pero -agregó en voz baja-. Escuché al piloto de la nao Santa María decir que de acuerdo a los cálculos del Almirante, hemos recorrido seiscientas ochenta leguas -Hizo una pausa-. Perdonadme, mi capitán, pero yo pienso que hemos recorrido más.

Martín sonrió, con esa media sonrisa que ya Rodrigo le conocía como característica.

-Tienes mucha pericia para las cosas del mar, Rodrigo -dijo poniéndole una mano en el hombro-. Has sido una enorme ayuda y lo más importante, te has ganado la confianza mía y de Francisco. Por eso te digo esto: Yo también pienso que hemos recorrido más leguas de las que dice el Almirante.

- ¿Lo pensáis? -Preguntó el grumete sorprendido.

- Sí, Rodrigo. Es más, Francisco y yo pensamos que ya hemos sobrepasado las setecientas leguas.

Rodrigo, con los ojos muy abiertos, no pudo hablar por un momento.

- Entonces ¿Estamos perdidos? -Preguntó al fin. Martín guardó silencio y miró al horizonte.

- Te he visto andar con una figurilla de arcilla, una brújula ¿No es así? -Le dijo al cabo de unos momentos.

- Así es, mi capitán -dijo orgulloso, sacando la brújula de su bolsillo-. Un obsequio de mi padre antes de partir.

El capitán la tomó entre sus manos y la observó por unos segundos.

— ¿Qué te dijo cuando te la entregó?

- “Puedes viajar por el mundo entero, pero si tienes un Norte, nunca te perderás.” -dijo Rodrigo con un nudo en la garganta.

- Creo que ahí tienes tu respuesta -dijo Martín dándole dos palmadas en el hombro y alejándose.

La primera revuelta de los marineros ocurrió al día siguiente. Los de la Santa María exigían que se regresasen, puesto que no había tierra por esos rumbos y nadie sabía a dónde se dirigían.

Amenazaban con cuchillos y lanzas. Rodrigo se sorprendió de que el Almirante, en lugar de dirigirse a la tripulación como hubieran hecho Martín Alonso o Francisco, se encerrara en su cámara. Cuando las cosas estaban a punto de salirse de control, Colón se dirigió a Martín.

- Nos tendremos que regresar -Le dijo.

- ¿Vos estáis dispuesto a regresar, Almirante? - Preguntó el capitán de La Pinta

- ¿Qué podemos hacer, Martín Alonso? La gente no quiere seguir.

- Si me lo permite, yo puedo dirigirme a ellos.

Colón asintió y Martín, junto a sus hermanos, habló a la enfurecida tripulación.

- Marinos, vosotros os habéis rebelado contra vuestro Almirante, bajo cuya autoridad os encontráis por órdenes de los Excelentísimos Reyes de España. La travesía se ha extendido un tanto más de lo previsto, pero eso no os da razón para rebelaros. En tierra la rebelión se castiga con la horca, y aquí no será diferente.

Al escuchar esas palabras, Rodrigo miró a su capitán, sorprendido. No creía que Martín Alonso fuese capaz de ahorcar a nadie. Pero vio su cara,

seria y decidida, y supo que hablaba en serio. La tripulación debió notar lo mismo, porque desde entonces se apaciguaron los ánimos

Pero ello no duró mucho.

Tres días después volvió a formarse un motín. Los marinos ya no podían sufrir el largo viaje. Para empeorar las cosas, Colón les dijo que por demás estaba que se quejaran, pues él había salido a buscar las Indias, y proseguiría hasta hallarlas. Al oír semejante cosa, los marineros aullaron de rabia y desahogaron su ira golpeando al piloto de la Santa María, Pedro Alonso Niño.

Martín decidió que ya era hora de hablar francamente con Colón. Lo enfrentó preguntándole directamente cuál era la distancia recorrida, pero el Almirante se negó a admitir que fuera mayor que la que reportaba. Martín insistió, inquiriéndole que qué se proponía si ya habían andado más de setecientas leguas, pero Colón continuó negándolo. Martín, viendo que era inútil, procedió a reunirse con su hermano. Los hermanos Pinzón comprendieron que ya era irracional exigirles a la tripulación que continuaran. Todos los cálculos de Colón habían fallado y este ni siquiera les daba alguna razón valedera por la cual seguir hacia adelante. Lo mejor era prometerles que se volverían y así lo hicieron: Martín les prometió que si en tres

días no avistaban tierra, regresarían a España.

Los marineros aceptaron de mala gana.

Durante esos tres días los ánimos siguieron caídos. Al punto que, el último día, 11 de octubre, ninguno de los marinos que fungían como vigías estaban dispuestos a cumplir con su labor.

- Rodrigo, quisiera pedirte un favor-Le dijo Martín.

- Decidme, mi capitán.

- ¿Estarías dispuesto a hacer de vigía esta noche?  
Rodrigo se quedó muy sorprendido.

- No quisiera decepcionaros, mi capitán. No he hecho de vigía en toda la travesía.

- Lo sé -dijo Martín Alonso mientras tosía-. Pero los marinos se niegan a hacerlo, dicen que no tiene sentido alguno. Por eso te lo pido a ti.

- Es un honor. Si usted me necesita, capitán, no puedo negarme.

Así que esa noche, Rodrigo se encontró en la parte más elevada de la calavera, en la cola para el vigía, en el mástil mayor. Hacía frío y se encontraba nervioso. Temía dormirse y perderse de algo importante. No de tierra, pues era imposible que

apareciera, pero si de algún barco enemigo o algún peligro amenazador. Miró al oscuro horizonte, no se veía absolutamente nada. Pensó en su padre... tal vez nunca debió abandonar Palos. Quizás habían seguido teniendo problemas y él no estaba allí para ayudar. Pero al mismo tiempo, el viaje había sido toda una aventura que no la cambiaría ni...

El corazón le dio un vuelco. Había visto una luz ¿Una luz? Volvió a mirar, concentrándose esta vez y ¡sí, era una luz! Muy a lo lejos, pero indiscutiblemente debían ser las llamas de alguna fogata. Pero, era imposible. ¿Debía dar la alarma? ¿Y si todo resultaba ser obra de su imaginación? Pensó en la cara del capitán Martín y se puso aún más nervioso. Otra vez vio la luz. Ya no podía tardarse más, sus ojos no lo estaban engañando. Así que tomo aire, y con todas sus fuerzas gritó:

- ¡Tierra!

Hubo un alboroto en la calavera, y antes de que Rodrigo pudiera darse cuenta, tenía a Francisco Pinzón a su lado.

- Felicidades Rodrigo -le dijo al confirmar que, en efecto, se veía tierra a lo lejos, ese es un grito que no se olvidará con facilidad.

Inmediatamente procedieron a levantar una ban-

dera y a lanzar una bombarda, que era la señal acordada que debía hacer la embarcación que avistara tierra. Al amanecer, Colón, Martín y Vicente, salieron a tierra en una barca. Rodrigo, desde La Pinta, no podía observar gran cosa. Vio gente que se acercaba a la barca y le pareció que estaban desnudos y que traían cosas en las manos, las cuales ofrecían al Almirante y a los hermanos Pinzón, pero de ello supo más por lo que le contó Vicente que por lo que pudo observar. Le dijo que los habitantes los habían recibido amistosamente, casi venerándolos. Llamaban a la isla "Guanahaní" y el Almirante tomó posesión de ella en nombre de sus Altezas, y la bautizó como San Salvador.

- Entonces ¿No hemos llegado a Cipango? -preguntó Rodrigo refiriéndose a la legendaria isla, abundante en riquezas, a la cual se dirigían.

- El Almirante sostiene que hemos llegado a unas islas cercanas a él -respondió Vicente con una mirada pensativa.

Rodrigo estuvo a punto de preguntarle si él pensaba lo mismo, pero prefirió guardar silencio.

A los tres días levaron anclas, llevando el Almirante siete de los nativos de Guanahaní en su nao. Apenas habían andado si acaso una legua, cuando

frutos desconocidos por todos y al parecer muy apreciados por los nativos.

Cuando ya tenían más de un mes en la isla de Juana, como la bautizo el Almirante en honor a la hija de sus Altezas, Rodrigo se enteró de que La Pinta se dirigiría hacia el Este, apartándose del resto de las embarcaciones. Sorprendido, buscó a su capitán, a quien encontró en la cubierta.

- Dispensadme capitán, pero he escuchado que nos separamos -Le dijo.

- Así es Rodrigo. Partimos hacia el Este.

El grumete no dijo nada. Quería saber la razón, pero le parecía una impertinencia cuestionar a su capitán.

- El día que llegamos a Guanahaní, me dijo Francisco que creías que habíamos llegado a Cipango -Le dijo.

- Así es, mi capitán, y me informó que el Almirante había dicho que nos encontrábamos en unas islas cercanas a él.

- Muy bien. Y ahora ¿Dónde crees que nos encontramos?

Rodrigo se encogió de hombros.

- La verdad no sé, capitán.

- Así mismo estamos Francisco y yo, Rodrigo -dijo mirándolo seriamente- No creemos que nos encontremos cerca de Cipango.

Hubo un momento de silencio.

- Cuando arribamos a Fernandina, el Almirante afirmó que la próxima tierra que avistaríamos sería Cipango. Has podido comprobar que no fue así. Cuando mis hermanos y yo lo cuestionamos al respecto, nos dijo que Cipango debía estar un poco más al Este. Ya llevamos un mes aquí y no se decide a navegar hacia allá. Así que lo haremos Francisco y yo. Vicente ha estado de acuerdo en permanecer con el Almirante.

- Pero, capitán, si no nos encontramos cerca de Cipango ¿Dónde estamos?

- Eso mismo nos preguntamos mis hermanos y yo -Respondió Martín Alonso-. Quizás este viaje nos arroje algunas respuestas.

Esta revelación perturbó un tanto a Rodrigo, puesto que no había dudado ni por un momento que todas esas islas eran contiguas al Cipango, el cual pensaba que no tardarían en encontrar.

Así que zarparon en dirección Este y al cabo de unos días, el 25 de Noviembre, divisaron tierra.

Era una isla de menor extensión que la anterior, muy hermosa, de abundantes ríos y tierras fértiles, colmada de la más bella vegetación que ojos humanos hubiesen visto.

Al día siguiente, Martín formó una expedición para internarse a explorar la isla y Rodrigo quiso participar en ella, a lo cual se negó el capitán. A su regreso, contaron que habían descubierto un río, al cual el capitán llamo con su nombre.

- No hemos encontrado el Cipango, pero sin duda cuando lo encontremos, no podrá ser más hermoso que esta tierra -Le dijo el capitán a la tripulación.

Tan entusiasmado estaba Martín, que permanecieron allí por varias semanas. Cuando prosiguieron la navegación con el fin de bordear la isla, avistaron hacia la popa la carabela Niña, la cual se les unió. Allí se enteraron que, a los pocos días de que partieran del Norte de la isla -la cual era llamada por los nativos Haití-, había llegado el resto de la flota, encallando allí la Santa María. La tripulación había sido recogida por la Niña, y habían continuado navegando para bordear la isla. El Almirante había bautizado la isla como La Española.

El encuentro entre el capitán Martín y el Almirante no fue muy amistoso. Vicente le informó que Colón le había dicho a la tripulación que La Pinta se había marchado porque su capitán deseaba encontrar una isla donde, de acuerdo a un nativo, abundaba el oro; y se había adelantado para hallarla primero y poder hacerse de mayor cantidad. Cuando Martín lo enfrentó acerca de ese comentario, Colón se limitó a decir que él no era más que un soberbio codicioso. Encima, cuando Martín le informó acerca de lo encontrado en su expedición para explorar la isla, el Almirante se negó a reconocerlo e incluso afirmó que el río que el capitán de La Pinta había bautizado con su nombre se llamaba de La Gracia, pues él lo había bautizado así. Martín se encogió de hombros y guardó silencio, para evitar mayores tensiones.

Ambas carabelas llegaron a un cabo llamado Samaná, de playas hermosísimas, donde permanecieron por varias semanas.

Rodrigo se encontraba sentado en la arena, contemplando la playa, al atardecer del 15 de Enero de 1493. Hacía ya más de seis meses que había salido de sus tierras. Pensar que tenía seis meses sin saber nada de sus padres, lo atormentaba. Se imaginó lo que diría su padre al ver un paisaje tan hermoso como el que tenía frente a sí. - Y nosotros

que creíamos que no había playas como las de España -dijo Vicente sentándose a su lado. Rodrigo le sonrió.

- El Almirante ha dado la orden de que partamos mañana - Rodrigo le dirigió una mirada interrogadora - Mañana nos volvemos hacia España. - Explicó.

Rodrigo sintió una mezcla de alivio, tristeza y temor. Permaneció en silencio.

- No sé que crees tú, pero yo pienso que el Almirante ordenó el regreso justo a tiempo

- Dijo Vicente, ante su mutismo.

— ¿Por qué?

— Entre otras cosas, porque la salud de Martín está muy deteriorada.

El grumete abrió los ojos como platos. Recordó que los últimos días lo había escuchado toser más que nunca. Sintió un nudo en la garganta.

- ¿Lo ha examinado el médico? - Preguntó.

- Martín se ha rehusado. Pero no creo que pueda hacerlo por mucho tiempo más si continúa empeorando. Esperemos que la vuelta a España le siente mejor.

Rodrigo miró hacia la playa afligido.

No quise entristecerte Rodrigo - le dijo Vicente al ver su cara de angustia -. Pero pensé que era mejor que lo supieras, pues Martín nunca te diría nada. Te tiene mucho aprecio.

Rodrigo quería decir que él también, pero no pudo. Sabía que si intentaba hablar se echaría a llorar y no podía permitir que eso ocurriera. Al menos no delante de Vicente. Así que se limitó a asentir.

Al día siguiente, 16 de enero, zarparon al amanecer en dirección noreste.

Tras casi veinte días de viaje, al llegar al Mar de los Sargazos, tomaron dirección Este hacia la península Ibérica. Allí unos vientos del oeste les favorecieron, acelerando la navegación.

Durante el transcurso del viaje, Rodrigo se había mantenido un tanto alejado de Martín, aunque lo observaba atentamente. Se había dado cuenta como la tos lo acompañaba casi constantemente ya; además, aún por las noches debía andar con un pañuelo para limpiarse el sudor y se encontraba mucho más delgado que al inicio del viaje. Observaba todos estos síntomas con pesar, pero no se atrevía a hablarle de ello.

Una tarde que Rodrigo se encontraba sentado cerca de la popa, Martín se le acercó.

- No me has contado que Vicente habló contigo - Le dijo tras unos segundos.

- Perdonadme mi capitán, pero no quise importunaros con temas... que no son de vuestro agrado - dijo Rodrigo cabizbajo.

- ¿De mi agrado o del tuyo? - Preguntó suavemente el capitán.

Rodrigo siguió mirando hacia abajo.

- No se encuentra bien de salud, mi capitán, pero no quiere que lo examine el físico - Se atrevió a decir por fin.

- Alfonso ya me ha examinado.

El muchacho levantó la mirada sorprendido.

- Tengo tuberculosis, Rodrigo - dijo Martín despacio.

- ¿Puede curarlo? - Preguntó con el corazón laténdole fuertemente.

Martín negó con la cabeza, sonriendo levemente. Rodrigo sintió cómo las lágrimas asomaban a sus ojos. Apartó la mirada para que su capitán no lo viera.

- Quiero ayudaros, mi capitán - dijo tras unos instantes.

— Ya lo has hecho. Te has comportado valerosamente y tu ayuda ha sido trascendente en este viaje, Rodrigo, no dejes que nadie te diga lo contrario. Cuando lleguemos a España las cosas podrán ser contadas de modo distinto, pero nunca olvides que has sido indispensable en este viaje.

— Todo ha sido gracias a vos, capitán. Todo lo que he hecho es porque lo he aprendido de vos o de sus hermanos.

Martín no respondió. Ambos permanecieron largo rato en silencio, mirando el océano que se extendía frente a ellos, ignorando que la etapa más difícil del viaje de regreso aún estaba por llegar.

El 15 de febrero sobrevino una fuerte tormenta, que hizo que las dos calaveras se separasen, tomando La Pinta dirección hacia Pontevedra arribando a duras penas al puerto de Baiona.

Ya para esta fecha, la salud de Martín se encontraba tan deteriorada que apenas podía levantarse de la cama, afectado con altas fiebres constantemente. Rodrigo no se movía de su lado. Francisco, que ahora había quedado al mando de La Pinta, le permitía permanecer con el capitán todo el tiempo,

relevándolo de sus tareas. Un mes después se reunieron con La Niña y tomaron dirección hacia Palos, arribando unas cuantas horas después que el Almirante, pues con su capitán postrado, el viaje se les hacía mucho más dificultoso a los tripulantes de La Pinta. Cuando en Palos se supo la noticia del regreso de los navíos, se produjo casi una locura general. Afortunadamente, para cuando la noticia se esparció, ya Martín se encontraba en el monasterio de La Rábida, donde, agotados y descorazonados, lo habían llevado los dos hermanos Pinzón y Rodrigo.

Sin embargo, como él mismo había dicho, ya no había nada qué hacer.

Rodrigo, temeroso de que en cualquier momento pudiera ocurrir lo inevitable, no se atrevía a separarse de su lado. No fue sino al cabo de unas horas, por instancia de Francisco y Vicente que se decidió a salir para visitar a sus padres.

El reencuentro no pudo haber sido más triste. Su madre, pálida y delgada, lo recibió con lágrimas en los ojos. Vicente Bermejo había sido muerto en la hoguera por su comercio con los judíos hacía ya más de cuatro meses. No les quedaba nada, pues hasta la casa se la habían quitado. Rodrigo sintió que el mundo se le derrumbaba encima. Primero Martín y ahora su padre...era más de lo que podía

soportar. Si al llegar a Palos se había sentido descorazonado, ahora se sentía desfallecer y que las pocas fuerzas que le quedaban lo abandonaban.

Dos días después reunió el valor y el ánimo para volver a La Rábida. Sin embargo, se detuvo en el claustro del monasterio. No tenía el coraje suficiente para entrar a las habitaciones, donde sabía que se encontraba su capitán, probablemente exhalando su último suspiro. Ansiaba estar presente en esos últimos momentos, pero las vivencias de los últimos días pesaban sobre sus hombros. Se sentó en uno de los bancos de piedra. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos, que no fue sino al cabo de unos segundos que reparó en que había alguien sentado en otro de los bancos. Levantó la vista y vio a una muchacha vestida de negro, que lloraba silenciosamente. Tenía el cabello ondulado y rubio, brillante como los amaneceres de aquella hermosa tierra lejana que sabía que nunca podría olvidar. Admirado, permaneció en silencio.

- Dispensadme -dijo la muchacha al notar su presencia-. Pero mi padre acaba de morir...

- No tengáis cuidado -Hizo una pausa-. Vuestro padre... ¿Era marino?

La muchacha levantó la vista.

- Así es -dijo mirándolo extrañada.

- ¿Martín Alonso Yañez Pinzón? - Preguntó Rodrigo casi en un susurro.

La joven asintió y las lágrimas corrieron por las mejillas de Rodrigo.

- El señor... ¿Conocía a mi padre?

— Tuve el privilegio de ir como grumete en su viaje a las Indias -hizo otra pausa-. Hubiera permanecido al lado de vuestro padre todo el tiempo, de no haber recibido las nuevas de que había perdido al mío.

La muchacha lo miró con mayor tristeza aún.

— Lo siento -dijo ella suavemente-. Mi padre siempre decía que por más que viajara, siempre regresaría a nosotros... al igual que la brújula siempre apunta al Norte...

Rodrigo sonrió entre las lágrimas y buscó algo en sus bolsillos.

- ¿Le menciono la frase durante el viaje? -Le preguntó la joven al ver su reacción.

El muchacho negó con la cabeza y saco la brújula de su bolsillo.

- Pero mi padre me dijo algo parecido -Explicó mostrándosela.

La joven sonrió al observarla.

- Rodrigo Bermejo, de Triana -dijo tendiéndole la mano.

- Isabela Yañez Pinzón-dijo ella tomándola.

Rodrigo sonrió. Había encontrado su Norte.

Anexos



# *Acta Única*

Los miembros del Jurado designado para ponderar las obras sometidas al Décimo Cuarto Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 31 de marzo de 2007 en las instalaciones de esta institución en La Vega, hemos decidido otorgar los si-guientes premios:

## Primer Premio:

Título: "Pecado Mortal"

Seudónimo: Villarreal

Autor: Roque Diómedes Santos

## Segundo Premio:

Título: "Monólogo del Libro"

Seudónimo: El Lecto

Autor: Isabel Florentino Romero

## Tercer Premio:

Título: "Pedoroso caballero...Don Dinero"

Seudónimo: Colibrí

Autor: Romito Enarnación Florián

## Cuarto Premio:

Título: "El Gotero Rojo"

**Seudónimo: Reina Maga**

**Autor: Johanna Díaz López**

Por otra parte, el Jurado también decidió otorgar las siguientes menciones de honor:

**Primera Mención:**

**Título: "Los ángeles también pintan"**

**Seudónimo: Pancho Villa**

**Autor: Juan TRamón Poueriet**

**Segunda Mención:**

**Título: "Carlixto"**

**Seudónimo: Dédalos**

**Autor: Carlos J. Núñez**

**Tercera Mención**

**Título: "Marinda"**

**Seudónimo: Gótica**

**Autor: Bony Esther Surriel García**

**Mención Especial:**

**Título: "Descubriendo el Norte"**

**Seudónimo: La Española**

**Autor: Massiel Indiana Zapata Caba**

# *Sobre los ganadores*

## **PRIMER PREMIO**

Roque Diómedes Santos

Nace en Luperón, Puerto Plata. Realiza sus estudios básicos en la Escuela Pedro A. Pina y posteriormente se traslada al Instituto Politécnico Loyola, San Cristóbal, donde completa sus estudios secundarios.

Realiza la Licenciatura en Filosofía y Humanidades en el Instituto Filosófico Pedro Francisco Bonó (2003), obteniendo los máximos honores académicos. Del mismo Instituto obtiene el Post-grado en Lingüística Aplicada.

Ha ganado varios concursos literarios en la Sociedad Cultural Renovación (Ensayo 2002; Cuento 2002, 2003 y 2004), en el Banco Central (2002), en la Alianza Cibaeña (2005) y Radio Santa María (2003, 2004, 2005).

Actualmente tiene publicado su primer libro de cuentos "Los Duendes Verdes" (2005) por la Editora Nacional.

## **SEGUNDO PREMIO**

Isabel Florentino Romero

Nace en San Cristóbal en 1981. Realiza estudios de Contabilidad en Santo Domingo.

Su formación literaria se inicia en el Círculo Literario Yelidá de su ciudad natal. En el año 2000 recorre diferentes provincias del país junto al Círculo Literario.

Participa en numerosos talleres de cultura. Es miembro del Club de Historia Renacer y del Comité del Carnaval Popular de San Cristóbal.

Además coordina la Red de Talleres Literarios de la región en los que dirige algunos de poesía y narrativa. Colabora igualmente en el periódico "El Folio del Sur" y en la revista "Gente Socia".

Ha ganado distinciones y reconocimientos por sus trabajos. Publica su primer libro "Creador de Momentos" en el año 2007.

### **TERCER PREMIO**

Johanna Díaz López

Nació en Santiago de los Caballeros el 24 de agosto de 1979 donde todavía reside.

Realiza sus estudios Primerios y secundarios en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús lugar en donde se despierta su interés por la literatura.

Es Licenciada en Derecho por la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra en el 2003. Ejerce su profesión en materia civil e inmobiliaria.

Comienza a escribir en la Universidad teniendo como profesor de Español al Dr. Bruno Rosario Candelier. Posteriormente, participa en Taller de Narradores de Santiago. Su primer trabajo concluido es "La Carrera del Cinqueño" del 2006. Escribe muchos cuentos más aún inéditos.

Harecibido una Segunda Mención Especial en el Concurso de la Alianza Cibaëña

### **CUARTO PREMIO**

Romito Encarnación Florián

Nace en El Cercado, Provincia San Juan de la Maguana el 23 de julio de 1973.

Desde niño emigra junto a sus padres a Santo Domingo lugar en donde aún reside.

Realiza sus estudios primarios e intermedios en el Colegio Gustavo Adolfo Bécquer en donde se gradúa de Bachiller en Contabilidad.

Más tarde se graduará de Derecho por la Universidad Tecnológica de Santiago (UTESA), Recinto de Santo Domingo.

Desde secundaria escribe ensayos, cuentos y poesías.

Recibe en el 2005 una Mención de Honor en el concurso "Aportes del Doctor José Francisco Peña Gómez al proceso Democrático e Institucional de la República Dominicana" organizado por el Instituto de Ciencias Políticas y Administración del PRD.

Tiene varios cuentos concluidos que tratará de publicar prontamente.

# *Sobre la Ilustradora*

**Lilve Karina García De Angelis**

**FECHA DE NACIMIENTO** 1974,  
Santiago de los Caballeros

## **PROFESION**

Arquitecta / Reside y trabaja en Santiago de los  
Caballeros

## **EDUCACION**

Arquitectura, PUCMM , Santiago, R.D. 1990-1998  
Fotografía, PUCMM , Santiago, 1994-1995  
Dibujo Artístico, PUCMM , Santiago, 1991

## **SEMINARIOS Y TALLERES**

- Talleres de tendencias de arte contemporáneo,  
Centroamérica Suramérica y Caribe. Centro León ,  
Santiago, Mayo-Julio 2006
- Clínica de Videoarte con José Alejandro Restrepo  
Centro León , Santiago, Junio 2006

- Clínica de Instalación con Pepón Osorio. Centro León , Santiago, Junio 2006
- Clínica de Grabado con Carmelo Sobrino. Centro León , Santiago, Mayo 2006
- Taller de pintura con Melanie Reim, Altos de Chavón , La Romana, Julio 2001
- Curso de animación cinematográfica, Centro Cultural de España , Santo Domingo, Enero-Marzo 1999

## EXHIBICIONES Y RECONOCIMIENTOS

- “Ciudad Efímera/ Ciudad Nostálgica”  
(1ra Individual) Photoimagen  
Sala Paul Giudicelli, Casa de Teatro, Santo Domingo. Septiembre 2007
- Homenaje a la ancianidad, Obras seleccionadas  
Centro León, Santiago. Abril / Mayo 2007  
( Premio de Selección )
- XXI Concurso de Arte Eduardo León Jimenes  
Centro León, Santiago . Octubre 2006/Marzo 2007  
( Mención de Honor)
- Festival Internacional de la Imagen  
Concurso auspiciado por el ayuntamiento de Chaves, Portugal.  
Proyecciones multimedia de obras participantes  
Verano 2006  
Exhibición Online hasta la edición 2007
- Exhibición Concurso de Carteles de Carnaval de

la ciudad de Santiago

Palacio Consistorial , Santiago . Febrero 2003

•Exhibición Concurso de Carteles Arte Vivo

Sala Yoryi Morel, Centro de la Cultura de Santiago.

Marzo 1999

•Exhibición Concurso de Carteles Arte Vivo

Casa de Arte, Santiago. Marzo 1998

(Mención de Honor)

•III Exposición estudiantes de fotografía

PUCMM, Santiago. Verano 1995

•Ira. Exposición estudiantes de fotografía

PUCMM, Santiago. Diciembre 1994





**GRUPO LEON JIMENES**  
Por una mejor nación.